SUCESOS EXTRAORDINARIOS

La Princesa Redondita
S.M. Tripón

La Bella Durmiente
Barba Azul
Caperucita Roja
El Chacal
Cenicienta
Un Guardia
El Dragón
Pelusilla

–¡Sobre mi cabeza, oh, Mahoma, que en este año he de ir a la Ciudad Santa!

T. 101721 C.

D6
C04

CUENTOS DE CALLEJA

SUCESOS EXTRAORDINARIOS

Ilustraciones de Penagos

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

Tomo n.º 4

TITULOS QUE COMPONEN ESTA BIBLIOTECA

1. 7.117 pollos y medio.
2. Lluvia de cuentos.
3. Leyendas de Oriente.
4. Sucesos extraordinarios.
5. Premio de aplicación.
6. Almacén de cuentos.
7. Tesoro de los niños.
8. Viejo astuto.
9. Plaga de dragones.
10. Los tres enanos de distintos colores.
11. Pulgarcito quiere crecer.
12. La alegría de los niños.
13. Viajes extraordinarios.
14. El visir sabio y el visir ingrato.
15. Aventuras de Hassán de Basora y de la Princesa Esplendor.
16. En preparación *nuevo título.*
17. De artesano a emperador.
18. Guía de la juventud.
19. España y su historia.
20. El recreo de mis hijos.
21. Cuentos azules.
22. En preparación *nuevo título.*
23. Cuentos infantiles.
24. En preparación *nuevo título.*
25. Pelusa.
26. Aventuras de Pinocho.

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES
Printed in Spain

R.168549

HISTORIA DE MOHANDÚ

HISTORIA DE MOHANDÚ

LEYENDA ÁRABE

AH illah ill Allah! ¡No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta! ¡Exterminados sean los infieles! ¡El Paraíso de Alá sea para los creyentes!

Y ahora escuchad esta verdadera historia de Mohandú El Yebani Ken Arradji, creyente entre los creyentes, puntual en sus abluciones y que no se descuidaba cuando el muecín llamaba a la oración por la mañana, por la tarde y por la noche. ¡La bendición de Alá caiga sobre su cabeza!

Era Mohandú un comerciante de Bagdad, que traficaba en toda clase de ricas telas, olorosas especias y escogidos perfumes.

Ni el más poderoso sultán de la Tierra hubiera desdeñado visitar su tienda, pues por muchas riquezas que tuviera en su palacio, siempre hallaría en ella algo nuevo y digno por su valor de figurar entre sus tesoros.

Hallábase un día Mohandú como de costumbre atendiendo a su negocio, cuando acertó a pasar por la puerta de su tienda una caravana de peregrinos que volvían de la Meca; salió a verlos pasar y no pudo menos de decirse:

—¡Ya, El Yebani! ¡Perezoso te muestras en cumplir tus obligaciones de creyente! ¡Aun no has ido tú a la Meca!

Y volviéndose a Oriente dijo:

—¡Sobre mi cabeza, oh, Mahoma, que en este año he de ir a la Ciudad Santa!

Dicho esto, volvióse a su tienda, hizo el recuento de sus riquezas, y halló que tenía tres veces más capital que cuando empezó su negocio; apartó la cantidad que consideró necesaria para el viaje, y se fué a ver a otro comerciante vecino y amigo suyo, llamado Alí; una vez en su presencia le dijo:

—Ya sabes, ¡oh, Alí!, la obligación que tiene todo creyente de hacer su peregrinación a la Meca; yo no la he hecho aún, y he decidido hacerla dentro de este mismo año; por tanto, vengo a ti para rogarte que mientras estoy ausente te ocupes de mis negocios y apartes de ellos todos los meses una cantidad que darás a mis esclavos, para que se alimenten y alimenten a mi familia.

Alabó Alí la prudente y sabia determinación adopta-

da por Mohandú, y así le prometió cumplir fielmente sus instrucciones.

Marcharon juntos a la tienda de Mohandú, y Alí se quedó maravillado al ver las ricas telas y tapices que se amontonaban por todas partes, y al sentir los delicados perfumes que se desprendían del sándalo y demás maderas preciosas.

Aquella noche comieron juntos los dos amigos en casa de Mohandú, cuyos esclavos les ofrecieron toda clase de escogidos manjares, diversas frutas, dulces almizclados, vinos y raros licores, disfrutando, una vez que se hubieron lavado las manos en palanganas de oro, de las músicas y canciones que entonaron unas jóvenes danzarinas.

Al día siguiente se ocupó Mohandú en organizar la caravana que había de llevarle a la Meca, y una vez hecho esto, partió para la Santa Ciudad.

Por el camino no le ocurrió nada de particular. ¡Alá protege a los peregrinos! Y una vez que hubo llegado a su destino, visitó el sepulcro de Mahoma, cuyo ataúd, según la leyenda, permanece en el aire a igual distancia del techo que del suelo, para maravilla de los creyentes y espanto y consternación de los infieles.

Sucedió que ya terminados sus deberes de buen creyente, adquirió diversas mercancías, pensando venderlas en Bagdad con buen beneficio; y una vez hecho esto, emprendió el regreso a su país.

La protección de Alá siguió rodeándole en su viaje de vuelta, pues al cabo de

algún tiempo llegó sano y salvo a la puerta de su amigo Alí, el cual reconociéndole le dió la bienvenida y le dijo:

—He aquí Mohandú que has cumplido tus deberes religiosos; deja que me regocije en tu compañía por toda esta noche y mañana te entregaré tus mercancías, que bajo mi cuidado han prosperado, aunque no tanto como lo que lo hubieran hecho contigo.

Aceptó Mohandú la propuesta, y así, después de dirigirse al hamaun de la casa, donde varios esclavos los bañaron y perfumaron

convenientemente, se dispusieron a comer uno en compañía del otro.

Pero en ese momento Alá dejó de prestar su protección a Mohandú, y con eso empezaron para él todas las calamidades imaginables, empezando por la que os voy a decir:

El libro santo dice:

"El turbante se ha hecho para llevarlo en la cabeza. ¡Ay de aquél que alumbrando aún el Sol, lo deje caer!"

Con motivo de la comida en que Alí quiso festejar la vuelta de Mohandú, invitó a todos sus amigos y conocidos, así como a ulemas, fakires, derviches y santones. Y abrió de par en par las puertas

de su casa, e hizo que sirvieran a sus invitados manjares de todas clases, y entre otras cosas, arroz de siete colores diferentes, y sorbetes, y corderos rellenos de avellanas, almendras, alfónsigos y pasas. Y todo el mundo comió y bebió y disfrutó de júbilo, de alegría y de contento.

Acabado el banquete, los invitados solicitaron de Mohandú que les hiciera el relato de su peregrinación, y así se dispuso a hacerlo; pero ¡oh, límite de las calamidades! Al inclinarse para

saludar, rodó su turbante por el suelo ¡¡alejado sea el maligno!!

Al ver aquello, cada comensal se encaró con el que tenía al lado, poniéndose a hablar muy animadamente, fingiendo que no habían visto nada; pero Mohandú, confuso hasta el extremo de la confusión y con vergüenza en el corazón, bajó al patio, ensilló su yegua, saltó al lomo del animal, y abandonando amigos y mercancías huyó a través de las tinieblas de la noche.

Y salió de la ciudad y se adentró en el desierto. Y de tal suerte llegó a orillas del mar, en donde vió un navío que partía para Egipto y se embarcó en él y llegó a El Cairo.

Allí hizo amistad con varios comerciantes, que al cabo de algún tiempo le confiaron algunos negocios, para llevar a cabo los cuales tenía que atravesar el desierto con una caravana; emprendió, pues, la marcha, y una noche que estaban acampados en un oasis, se alejó algún tanto de sus compañeros para disfrutar a su gusto de la frescura del ambiente y de la luz de la Luna, cuando le pareció oír voces detrás de un grupo de palmeras; se acercó cautelosamente a ver qué clase de gentes eran las que allí hablaban, y poco faltó para que cayera de espaldas cuando vió que eran dos espantosos *efiats* los que dialogaban.

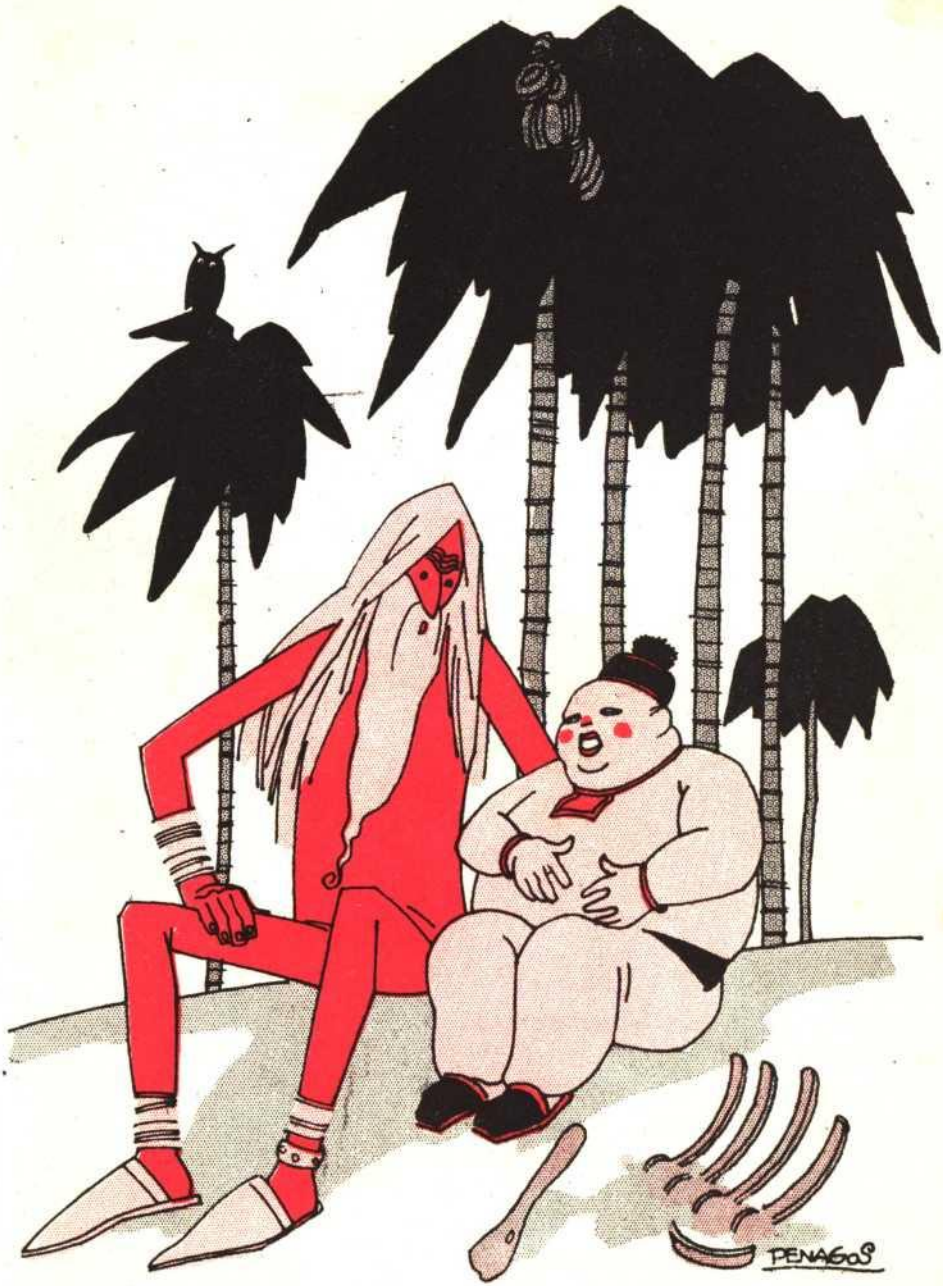
Uno de ellos debía ser el Genio del oasis, a juzgar por su elevada estatura y por la cabellera de hojas de palmera que colgaba abundantemente sobre sus hombros; el otro, bajo, gordo y amarillento, parecía ser el Genio de las arenas del desierto; y este último hablaba así a su compañero:

—Has de saber que estando el otro día aburrido, me acerqué a la ruta que siguen las caravanas de Basora para distraer mi tedio con su paso, y en una de ellas iba una joven, ¡oh, Luna!, más bella que la más bella noche del desierto, y entre su acompañamiento iba un esclavo llevando un caballo blanco con la blancura de la leche y tal como no es posible que haya otro en toda Arabia. Si mi poder hubiese alcanzado a tanto, en aquel mismo punto me hubiera convertido en hombre y no hubiera parado hasta conseguir que aquella joven fuera mi esposa y me trajera aquel caballo como dote; pero no pude hacerlo, y así la dejé ir camino de Basora contentándome con hacer su viaje agradable en lo posible.

Así que hubo oído esto Mohandú, sintió que su corazón deseaba alcanzar aquella joven para esposa y aquel caballo blanco, y desde entonces sus sueños fueron intranquilos, y poco a poco enfermó de languidez, y sin cesar suspiraba por la joven y el caballo, y creyó morir de aquel deseo reconcentrado.

Pero un día, cumplidos ya sus deberes para con los comerciantes de El Cairo, los cuales le hicieron ganar mucho dinero, no pudo ya resistir los anhelos de su alma, y así despidiéndose de todos tomó él solo el camino de Basora, decidido a conseguir lo que tanto deseaba.

Al llegar a la vista de Basora detuvo su cabalgadura, preguntán-



Uno de ellos debía ser el Genio del Oasis; el otro, bajo, gordo y amarillento, parecía ser el Genio de las Arenas del desierto.

dose cómo podría averiguar quién era la joven del caballo, y estando en estos pensamientos vió avanzar por el camino a un viejo jeque montado en su burro que volvía del campo hacia la ciudad; cuando llegó a su lado, le detuvo y le dijo:

—¡Oh, jeque! Soy un extranjero en estas tierras. ¿Podrías ayudarme a buscar lo que busco?

A lo que el jeque respondió:

—¡Ya, viajero! Dime lo que buscas y veré si puedo ayudarte a encontrarlo.

Entonces Mohandú le contó punto por punto lo que allí le llevaba, terminando con estas palabras:

—¡Ya sabes cuáles son mis deseos, y de tus labios me tienes pendiente como si mi vida dependiese de ellos!

Quedóse un rato reflexionando el jeque, y al cabo le contestó:

—¡Alá sobre todos! La que tú dices no puede ser otra que Luna entre las Lunas, la hija del Kedive, pues ninguna en Basora la iguala en belleza, y nunca ningún caballo ha podido vencer en la carrera al caballo de su padre.

Con el corazón henchido de gozo encaminóse Mohandú a un khan de la ciudad, donde hallaron alojamiento él y su caballo; fué

después al hamaun, donde se bañó y perfumó para descansar de su viaje, y después se encaminó a casa del Kedive, haciéndose anunciar como un rico comerciante de Bagdad.

Una vez en presencia del Kedive le expuso sus pretensiones, y le enseñó tantas y tan bellas joyas como llevaba para regalárselas a Luna entre las Lunas, que el Kedive no tuvo inconveniente en acceder a sus deseos.

Celebróse, pues, la boda con toda pompa, y una vez que hubieron pasado los quince días y las quince noches que duraron los fes-

tejos, se pusieron en camino Mohandú y su esposa hacia El Cairo.

Buen comerciante como lo era Mohandú, no olvidó emplear todas sus riquezas en comprar géneros y mercancías de fácil venta en El Cairo, y así al poco tiempo de su regreso a esta ciudad los había vendido todos haciendo un buen negocio.

Por aquel tiempo habían pasado ya diez años desde que se había ido de Bagdad, y empezó a sentir la nostalgia del país natal; acentuóse ésta cada día más, y al fin no pudiendo resistir más tiempo, se embarcó con su esposa, su caballo y sus riquezas; un buen día llegó a la colina que domina la ciudad, y con los ojos llenos de lágrimas vió la terraza de su antigua casa y las terrazas contiguas, y se dijo:

—¡Menos mal si no me reconoce nadie! ¡Haga Alá que todos hayan olvidado mi historia!

Y pensando así bajó de la colina y tomó por atajos extraviados para llegar a su casa. En el camino vió a una vieja sentada en el umbral de una puerta al lado de una niña, y decía la niña a la vieja:

—¡Oh, madre mía! Desearía saber la edad que tengo, porque una de mis compañeras me lo ha preguntado y no la he sabido contestar. ¿Vas a decirme, pues, en qué año he nacido?

La vieja reflexionó un momento y contestó:

—Naciste ¡oh, hija mía! en el mismo año y el mismo día en que Mohandú El Yebani dejó caer el turbante.

Cuando el desdichado Mohandú oyó estas palabras, dijo:

—¡Ya Allah! ¿Para qué quiero yo estas riquezas? ¡La caída de mi turbante es ya una fecha entre las fechas! ¡Y se transmitirá a través de las edades mientras de las palmeras nazcan flores!

Y diciendo esto arrojó al suelo todas sus riquezas y dió la vuelta con su mujer y su caballo y no dejó de correr y de viajar hasta llegar a un país desconocido donde nadie supiera la historia de su turbante, y se dedicó a vivir errante como los nómadas del desierto, sin más compañía que su mujer y su caballo y pasando todo género de privaciones.

Todos los días lloraba recordando su turbante que a tan triste situación le había traído lejos de su patria, y todos los días bendecía a su turbante que le había hecho casarse con su mujer y tener un caballo único en el mundo por su belleza y la rapidez de su carrera.

Al principio todo fué bien, pues lo mismo uno que otra se conformaban con su suerte, pero luego las cosas variaron; poco a poco empezaron a recordar su casa de El Cairo, las comodidades que tenían en ella, lo bien que comían, y no como aquí, en que el frío les helaba por las noches y el Sol les abrasaba durante el día, y donde se alimentaban puede decirse que solamente de frutas y raíces.

Un día que se dispusieron a pasar la noche cerca de un aduar, oyeron a los habitantes de éste elogiar su caballo blanco, diciendo:

—¡Alá es grande; y tu caballo es bello, pero el caballo de nuestro jefe es mejor que el tuyo, y sabe que ha dicho que dará mil dinares de oro al dueño del caballo que venza al suyo en la carrera!

Cuando por la noche se quedaron solos, le decía su esposa a Mohandú:

—¡Ya El Yebani! ¡Si no ganas esos mil dinares serás el padre de las calamidades! Sabe que cuando se le grita ¡Menjub! en la oreja derecha a nuestro caballo, no hay quien corra más que él; anda, pues, y desafía al Caid de este aduar.

—Se hará como tú deseas—respondió Mohandú.

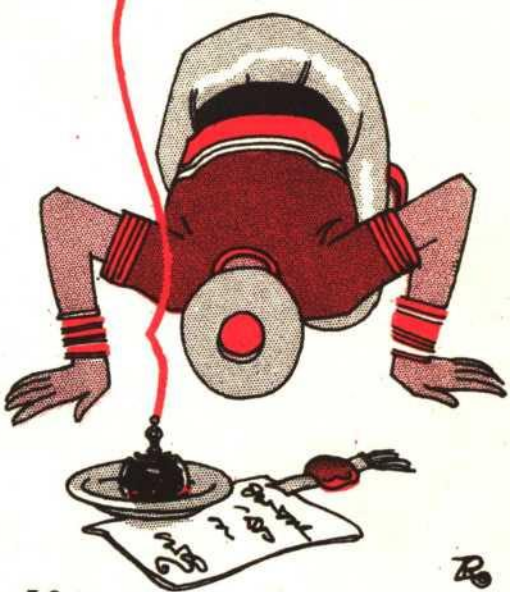
Y al día siguiente por la mañana se presentó ante el Caid y después de besar la tierra entre sus manos, le dijo:

—¡Oh, Caid! Eres sabio y prudente entre los caídes; pero yo quiero que corras tú con tu caballo y yo con el mío, para que le veas el color de la cola, y como yo no tengo mil dinares de oro que darte, si me enseñas la cola del tuyo, te digo que si me ganas me cortes la cabeza.

Pareció muy bien al Caíd esta proposición, y así acordaron que la carrera sería poco antes de ponerse el Sol y consistiría en ir y volver hasta una colina que no lejos de allí se elevaba.

Cuando llegó el momento acordado, todos los habitantes del poblado se reunieron en el lugar de la lucha, y la emoción alcanzó su límite al presentarse ambos contrincantes jinetes en tan bellos caballos.

A una señal dada ambos salieron galopando, y pronto el viento del simoun fué más lento que sus dos caballos; nubes de polvo se levantaban al empuje de sus vigorosos cascos, sus ojos echaban lumlumbre, el sudor cubría sus cuerpos destacando la fina red de sus venas, y ambos caballos corrían emparejados.



El mismo Alá debió gozar aquel día ante tan sublime espectáculo.

Juntos llegaron a la colina y juntos dieron vuelta hacia el aduar, no sabiendo aún la victoria por cuál de los dos decidirse, que si del uno podía decirse: "Tus crines se dan al viento con más gracia que las hojas de las esbeltas palmeras", del otro podría decir el poeta: "Tus ojos son más brillantes que las esmeraldas y despiden más fuego que mi corazón."

Ya desesperaba Mohandú de poder alcanzar la victoria, cuando recordó lo que su mujer le había dicho la noche antes, y cogiéndole entonces la oreja derecha, le gritó en ella: "¡Menjub, caballo mío, ¡Menjub!"

Qué pasó entonces, no se pudo saber; pero a todos pareció que al caballo le nacían alas en las patas: tal fué la velocidad que desarrolló. Su cabeza se adelantó, sus finas orejas se echaron hacia atrás, su cola, que parecía hecha con rayos de Luna, se tendió en el aire, y rápido como el pensamiento dejó atrás a su rival y llegó al aduar con visible delantera.

Mohandú había ganado.

Apenas llegado el Caid se bajó de su caballo, y llamando a un

esclavo le ordenó entregase los mil dinares de oro a Mohandú, y después desapareció bajo las telas de su jaima.

Por la noche decía Mohandú a su mujer:

—¡Oh, esposa mía! Ya has visto cómo se ha enfadado el Caid porque le hemos vencido en la carrera; ya tenemos los mil dinares de oro, así que ahora considero lo más prudente que nos vayamos cuanto antes lo más lejos posible; temo a su cólera.

Y sin esperar a la mañana siguiente se fueron, y durante varios días caminaron sin descanso alejándose del aduar aquel; ni aun así se consideraban muy seguros, pues varias veces habían visto gentes sospechosas rondando a su alrededor, por lo cual temieron que el Caid quisiera en venganza despojarles de su caballo. Mohandú todo lo temía y no sabía qué hacer, y entonces su mujer le dijo:

—Marido, veo tus preocupaciones, y creo que verdaderamente podemos temer cualquier cosa del Caid; por tanto, creo que cuando nos acostemos, debemos clavar una estaca en el suelo entre tú y yo, y atar a ella el caballo; así nadie podrá llevárselo sin que nos enteremos.

Pareció bien a Mohandú la idea, y desde aquella noche la pusieron en práctica. Y no fué sino muy razonable lo que hicieron, pues efectivamente estaban vigilados por gentes del aduar que no llevaban otro objeto sino robar el caballo.

Al ver estas gentes lo que hacían ahora Mohandú y su mujer con el caballo, se desesperaron, pues vieron muy difícil ya poder cometer el robo; entre ellos había un esclavo joven y listo, el cual dijo:

—Si el Caid, mi amo, me premiase concediéndome mi libertad, mañana por la noche era suyo el caballo.

Otro esclavo viejo que le acompañaba le dijo:

—No dudes ni un momento que así lo hará; pero ¿cómo te vas a arreglar?

—Eso ahora lo verás—dijo el esclavo joven; y deslizándose bajo las lonas de la jaima, se echó con mucho cuidado entre Mohandú y su esposa; ésta, al sentir alguien cerca de sí, creyó que era su marido, y se apartó un poco para dejarle sitio; Mohandú, que también sintió alguien cerca de él, creyó que era su mujer, y se separó algo para dejarla más cómoda, y de esta manera, acercándose primero

—¡Por dos veces fuiste vencido, oh, caballo! El mío no lo fué nunca—
Y así, solo y a pie se volvió a su jaima, donde contó a su mujer lo ocurrido.

al uno y luego al otro, se fueron ambos corriendo, con lo que al poco rato dejaron al descubierto la estaca en que estaba atado el caballo.

Esto era lo que quería el esclavo joven, y una vez conseguido, nada le fué más fácil que desatarle, y saliendo fuera de la tienda, montarse en él y echar a andar.

Al llegar cerca del sitio donde le esperaba el otro esclavo con sus caballos, uno de éstos relinchó para dar la bienvenida al nuevo compañero, el cual contestó, como es debido, en igual forma.

Este relincho despertó a Mohandú, que en el acto se dió cuenta de que le habían robado su caballo; rápido como el pensamiento salió de su jaima, y entonces los dos esclavos que le vieron montaron a caballo y huyeron, abandonando en su precipitada fuga uno de sus propios caballos.

Sobre él se montó Mohandú, y como era el caballo del Caid del aduar, y por lo tanto casi tan rápido como el suyo, no tardó mucho en irles a los alcances.

Ya divisaba una nube de polvo, y por entre ella, de vez en cuando un blanco reflejo del pelo de su caballo; ya distingue con toda claridad que son dos los caballos que huyen, poco después oye las voces de los jinetes que los animan, sólo unos pasos le separan ya de ellos y entonces prepara su gumía para la lucha que ha de sobrevenir...

En esto, un pensamiento cruza por su imaginación: si al fin los alcanza, su caballo habrá sido vencido por otro en la carrera.

—¡Por Mahoma! que esto no puede ser—exclama; y entonces, dirigiéndose a los ladrones, grita al que huía en su caballo:

—¡Ya, saco de inmundicias! ¡Cógele la oreja derecha, y grítale en ella Menjub!

Hízolo así el joven esclavo y poco después sólo se veía de él una pequeña nube de polvo bajo la Luna...

Mohandú se bajó del otro caballo, le acarició tristemente y le dijo:

—¡Por dos veces fuiste vencido, oh, caballo! El mío no lo fué nunca—. Y así, solo y a pie se volvió a su jaima, donde contó a su mujer lo ocurrido.

Después le dijo:

—Sabe, ¡oh, mujer! que he decidido hacerme derviche; por tanto,

toma los mil dinares de oro que ganamos con nuestro caballo, y vete con ellos a vivir donde quieras; el mundo es ancho y Alá es grande.

Al poco tiempo, apareció en el minarete de una mezquita de El Cairo un nuevo muecín que cantaba la oración como no sabía hacerlo ninguno; pronto cobró fama entre los creyentes, y dicen que sólo se distraía de sus deberes religiosos cuando algún caballo blanco pasaba cerca de donde él estaba.

Esta es ¡oh, creyentes! la historia de Mohandú El Yebani Ben Arradji, creyente entre los creyentes. ¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta! ¡Llah illah ill Allah!

EL BAÚL MARAVILLOSO

... se metió él mismo en el baúl. En cuanto cerró la tapa se elevó el baúl por los aires como un pájaro.

EL BAÚL MARAVILLOSO

VIVIA en cierta ciudad un comerciante muy rico, tanto que habría podido empapelar un gran habitación con billetes del Banco; pero se guardaba muy bien de hacer semejante tontería, porque sabía emplear mejor sus riquezas. No gastaba un duro como no tuviese seguridad de que había de proporcionarle ganar otro. Era un trabajador infatigable, y calculaba muy bien antes de meterse en una empresa; por desgracia, la muerte le sorprendió en medio de sus hábiles combinaciones.

Su hijo heredó toda su fortuna, y en vez de emplearla bien, se dió una vida alegre; jugaba; iba todas las noches a los bailes de

máscaras; se entretenía en hacer pajaritas de papel con billetes de Banco, y para echárselas de rumboso tiraba al agua monedas de oro, de igual modo que otros tiran piedras para ver las ondulaciones del líquido. Además, prestaba a sus amigos gruesas sumas. De esta manera, no hay que extrañarlo, dió en breve al traste con sus tesoros, y llegó a no tener por toda fortuna más que cuatro pesetas, y por guardarropa un par de zapatillas y una bata vieja. Sus amigos le abandonaron todos a un tiempo; uno de ellos, sin embargo, el que nunca le había pedido favor alguno y en cambio había censurado sus desórdenes, tuvo la bondad de enviarle un enorme baúl viejo con estas palabras: "Entra en este baúl y haz tu equipaje." El consejo era bueno, en verdad; pero como el atolondrado joven no tenía equipo, se metió él mismo en el baúl.

En cuanto cerró la tapa, se elevó el baúl por los aires como un pájaro.

Apenas el hijo del comerciante se cercioró de esta propiedad maravillosa, ascendió por la ventana hacia las nubes y fué siempre hacia adelante con vertiginosa rapidez. El baúl rechinaba, y tuvo miedo de que se partiese en dos pedazos y le hiciese dar un salto mortal. Sin embargo, llegó sano y salvo a una isla muy rica, cuya capital era una ciudad populosa. Observó que sus habitantes vestían de un modo semejante a los turcos.

Ocultó su equipaje en el bosque entre las hojas secas, y se dirigió a la ciudad, donde a nadie llamó la atención, puesto que las gentes andaban por las calles como él, con bata y zapatillas. Recorriendo las calles, le llamó la atención un ama de cría extraordinariamente gruesa que llevaba en brazos un niño.

—Robusta nodriza—la dijo—, ¿a quién pertenece aquel hermoso castillo cercano a la ciudad y cuyas ventanas están tan altas?

—Es el palacio de la Princesa Real—contestó la nodriza—. La han asegurado los magos que si se casa, su marido la hará muy desgraciada, y por eso nadie puede acercarse a ella sino en presencia del Rey y de la Reina.

—Muchas gracias, y Dios te aumente la gordura—dijo el joven.

Volvióse en seguida al bosque, se metió en el baúl y tomó vuelo.

No tardó en llegar al tejado del castillo, desde donde entró por la ventana en la habitación de la Princesa.

Esta joven dormía en un sofá; su belleza era tan grande, que el hijo del comerciante, todo aturdido, la dió media docena de abrazos. Despertóse ella toda asustada; pero él la dijo en tono solemne que era un enviado celestial a quien el Dios que en aquel país se adoraba había encargado que la hiciese dichosa.

Sentóse el joven con toda franqueza en una butaca, y comenzó a contarla historias maravillosas: entre ellas, la del Silbato, la del Paraíso, la del Bello ideal de los gatos, la de Almendrita y la del Soldado de plomo.

La Princesa escuchaba con la boca abierta tan bonitos cuentos, y le prometió no tomar otro marido que a él.

—Vuelve el sábado próximo—le dijo—; mis papás, que son el Rey y la Reina, vendrán a tomar te y estarán orgullosos de casarme con un enviado del cielo. Pero ten cuidado sobre todo de contarles alguna historia interesante. A mi madre la gustan los cuentos en que se trata de asuntos de la cocina; mi padre prefiere cuentos que le hagan desternillarse de risa.

—Pierde cuidado; mi canastillo de boda estará lleno de aventuras maravillosas.

Despidiéronse cariñosamente, y la Princesa le regaló un sable incrustado de monedas de oro, que por cierto le estaban haciendo mucha falta, pues aunque, como queda dicho, tenía todavía cuatro pesetas, éstas eran falsas, y por eso no las había gastado aún.

Con aquellas monedas de oro cenó en grande, se compró un turbante y una bata nueva, y luego se sentó en el bosque para inventar alguna historia. No tardó en convencerse de que no es tan fácil

como parece inventar cuentos, y tuvo que decidirse a ir contando lo que se le ocurriera al buen tun tun.

Llegó el sábado; el Rey y la Reina y toda la corte habían venido a tomar te en la habitación de la Princesa; el hijo del comerciante fué recibido en ella con la mayor amabilidad, porque la Princesa había hablado ya mucho de él.

—¿Será usted tan amable que nos cuente alguna cosa sensible, instructiva y muy casera?—dijo la Reina.

—Mejor será alguna cosa que haga reir—añadió el Rey.

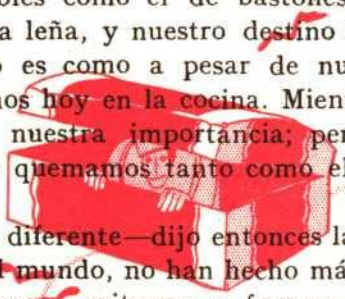
—Con mucho gusto—replicó el joven.

Y empezó a contar lo que sigue:

"Había en una cocina una caja de fósforos de madera, sumamente orgullosos de su alto nacimiento, porque procedían de un pino que antes de ser cortado a hachazos, había sido uno de los árboles más grandes del bosque. Los fósforos estaban colocados entre un eslabón y una vieja olla de hierro, a los que contaba la historia de su infancia.

—Sí—decían—; en los tiempos que éramos una rama verde, vivíamos felices como en el Paraíso. Todas las mañanas y todas las noches nos servían del Cielo un te de diamantes, al que los hombres llaman rocío. Todos los días cuando el Sol brillaba nos hacía tiernas caricias, y las aves nos cantaban historias muy interesantes. Eramos también ricos, porque los otros árboles no estaban vestidos sino en el verano; pero nuestra familia tenía medios suficientes para darnos trajes verdes lo mismo en el invierno que en el verano. Además, teníamos hermosas piñas con piñones muy sabrosos. Ocurrió una gran revolución, y nuestra familia fué dispersada por

los leñadores. Nuestro tronco alcanzó el empleo de palo mayor en un magnífico buque que ahora estará dando la vuelta al mundo si es que no ha naufragado; otras ramas obtuvieron otros empleos tan nobles como el de bastones; otras más desgraciadas sirvieron para leña, y nuestro destino fué alumbrar a la multitud. De este modo es como a pesar de nuestro origen distinguido nos encontramos hoy en la cocina. Mientras estamos apagados nadie reconoce nuestra importancia; pero en cuanto nos encienden, brillamos y quemamos tanto como el sol, y somos poderosos y fuertes.

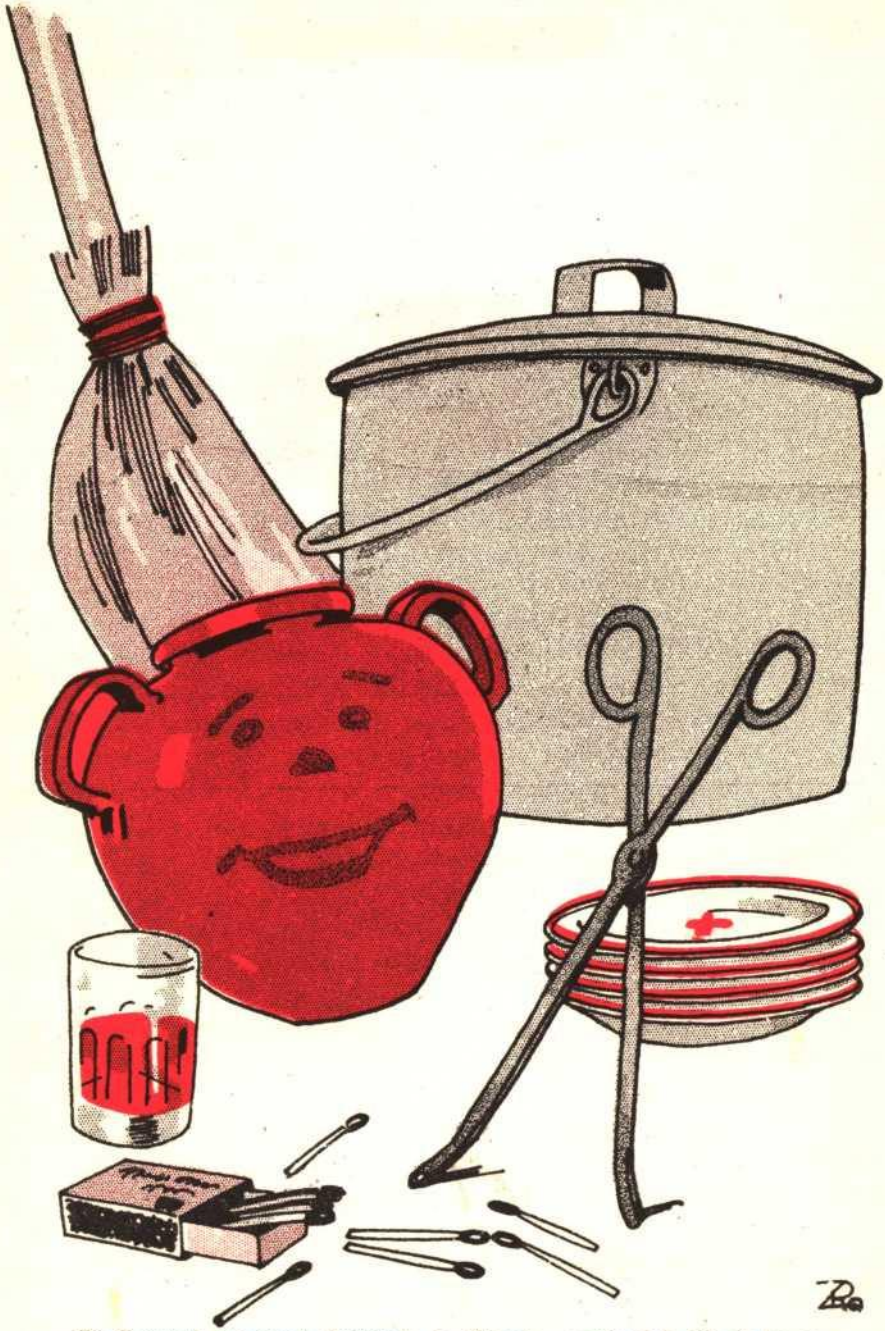


—Mi suerte es muy diferente—dijo entonces la olla de hierro—. Desde que he venido al mundo, no han hecho más que llenarme de comida, ponerme al fuego, quitarme y fregarme; soy de la más alta importancia en la casa, y nunca estoy sola. Mi mayor placer consiste en verme colocada limpia y reluciente sobre el vasar después de comer, y en echar un párrafo con mis compañeras. Desgraciadamente, estamos siempre aquí emparedadas, a excepción del cubo del agua, que algunas veces da un paseo por el corral. Es verdad que la cesta de la compra nos trae algunas veces noticias de fuera: pero habla, como plebeya que es, con demasiado descaro del gobierno y del pueblo. Anteayer una olla anciana se enfadó tanto al oírla hablar con tan poco respeto, que se cayó al suelo y se rompió. La cesta con sus ideas muy avanzadas pertenece a la oposición, y nunca subirá al poder.

—Basta de charla—repuso el eslabón, y frotándose el acero contra el pedernal hizo saltar chispas—. Vamos a divertirnos un poco esta noche.

—Sí—replicaron los fósforos—; hablemos, y a ver quién resulta el más noble de todos nosotros. Nadie hay que valga y pueda tanto como nosotros.

—Ninguna conversación me parece tan interesante como hablar de mí—observó la olla de barro—. Principiaré por contar la historia de mi vida, y luego cada cual hará lo mismo. No hay nada tan divertido. Ahora bien; en las orillas del Tajo, no lejos de los soberbios plantíos de viñedos y olivares que cubren el suelo de mi querida patria, la vieja Talavera de la Reina...



—En Talavera hay mucha industria de alfarería—continuó la olla de barro—, y allí pasé mi juventud en el seno de una familia apacible.

—¡Bravo, magnífico principio!—exclamaron los platos—; he aquí una olla que habla mejor que Demóstenes.

—En Talavera hay mucha industria de alfarería—continuó la olla de barro—, y allí pasé mi juventud en el seno de una familia apacible. Los muebles de aquella casa se limpiaban cada quince días, se lavaba el piso y se planchaban las cortinas.

—Me interesa mucho esa relación—dijo la escoba—; y podría decirse, oyéndola, que es usted toda una mujer de su casa.

—Es verdad—dijo el cubo—; pero esto me parece un poco aburrido.

Y dió un bostezo tan atroz, que una parte del agua que contenía cayó bruscamente a tierra.

La olla continuó su relación, cuyo fin era tan interesante como el principio.

Todos los platos se agitaron alegremente, y la escoba cogió algunas ramas de perejil y quiso coronar a la olla, no sólo porque la divirtiese su relación, sino principalmente porque había acabado.

—Vamos a estirar las piernas—dijeron las tenazas; y se pusieron a bailar.

Era curioso de ver con qué gracia sabían levantar las pantorrillas al aire. La tapa vieja de la caja rechinó de risa viéndolas.

—Queremos también que se nos corone—dijeron las tenazas; y se las coronó.

—¡Qué vanidosas!—pensaron los fósforos—; eso lo merecemos nosotros, que valemos más que nadie.

En seguida se rogó a la tetera que cantase; pero no quiso porque dijo que tenía un resfriado. Decía esto por orgullo, porque todos los días se dejaba oír cuando había mucha gente en el salón.

En el alero de la ventana había una pluma de ganso, de la que la criada se servía para escribir. Esta pluma no tenía nada de particular, a no ser que la habían hundido muchas veces en el tintero, y que empezaba a abrirse de puntos; pero se daba mucha importancia.

—Si no quiere cantar la tetera—dijo—, nos pasaremos sin su canto. Precisamente ahí fuera en la jaula hay un ruiseñor que cantará sin hacerse rogar, aun cuando no sepa nada. Seremos indul-

gentes esta noche y nos contentaremos con oír la mala música de ese pajarraco.

—Esa proposición me parece bastante inconveniente—contestó el perol, que era primo de la tetera, y que a menudo cantaba en la cocina, cuando hervía en él el agua—; ¿por qué hemos de admitir entre nosotros un ave extraña? Eso no es patriótico, y si no, que lo diga la cesta de la compra.

—Si he de decir verdad—replicó la cesta—, estoy muy disgustada por pasar la velada de esta suerte. Sería mejor que todos callarais para oírme a mí: cada cual se quedaría en su sitio y yo dirigiría las diversiones. Yo os contaré lo que pasa por el mundo.

—No; queremos divertirnos todos—contestaron los utensilios de cocina.

En aquel momento se abrió la puerta. Era la criada. Entonces se callaron todos, y nadie se atrevió a moverse. Sin embargo, no había entre todos los cacharros uno que no se creyese muy noble y de un origen muy distinguido.

—Sí—pensaba cada uno—; si se me hubiera querido encargar a mí de todo, nos hubiéramos divertido más esta noche.

La criada cogió los fósforos para encender el fuego. ¡Cielos, qué orgullosos se pusieron, cómo chillaron y cómo se inflamaron dando chasquidos!

—Ahora—decían en voz alta—, todo el mundo se ve obligado a reconocer nuestro esplendor. ¡Qué luz! ¡Qué fuego!...

Y cuando más orgullosos estaban, murieron de repente, reduciéndose a un poco de cenizas."

—¡Esto es lo que se llama un cuento bonito!—dijo la Reina—. Mientras lo oía me creía transportada a la cocina junto a los fósforos. Joven, tú te casarás con nuestra hija.

—Sí—añadió el Rey—; tendrás a nuestra hija por esposa; y pasado mañana será la boda.

Ya se tuteaban todos, y se miraba al hijo del comerciante como individuo de la familia.

Al día siguiente, víspera de la boda, se iluminó toda la ciudad, se desparramaron por las calles confites, yemas y pasteles; hubo fuentes de vino; los muchachos trepaban a los árboles, gritando:

"¡Viva el Príncipe!" Era ciertamente un espectáculo magnífico, y el pueblo estaba entusiasmado.

—Esta es la mía—dijo para sí el hijo del comerciante—; ahora es cuando van a saber quién soy yo.

Compró una gran cantidad de cohetes, de petardos y de toda clase de paquetes necesarios para hacer fuegos artificiales, los metió en su baúl y se elevó por los aires.

¡Pim! ¡pum! ¡ruch! ¡rich! ¡rach! ¡sis! ¡sis! ¡plaaf! ¡Qué detonaciones, qué estallidos, qué luces de bengalas, amarillas, verdes y azules!

Al ver tales prodigios, todos los habitantes de la ciudad se pusieron a saltar de tal modo que sus zapatillas volaban hasta sus orejas; jamás habían visto semejante fenómeno. Ahora sí que ya estaban convencidos de que era enviado de Dios el que iba a casarse con la Princesa.

¡Qué de comentarios hacían las gentes! Cada cual había visto aquello de una manera distinta, pero todos estaban encantados.

—Yo he visto al que mañana será nuestro Príncipe—decía uno—; tenía los ojos brillantes como las estrellas, y una barba que se parecía a la espuma de las olas.

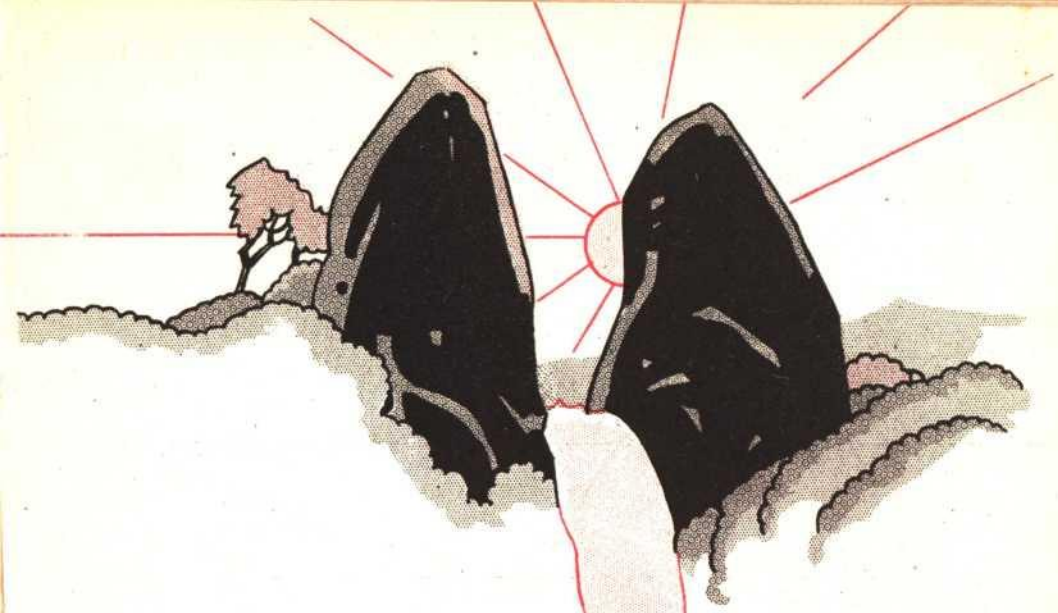
—Se embozaba en un manto de fuego como en una capa—decía

otro—, y en los pliegues de su manto revoloteaban preciosos angelitos.

Mientras tanto, el hijo del comerciante se tiraba de los pelos lleno de desesperación. El baúl se había quemado con una chispa de los fuegos artificiales; le arrastró a una inmensa distancia, y en breve no quedaba de él más que un poco de ceniza. El infeliz muchacho se dió un batacazo horrible al quemarse el baúl, y cuando quiso recordar, estaba tan lejos que ya no podía volar ni volver a ver a su prometida. Ella le esperó en el terrado todo el día, y puede que aun le esté esperando, a menos que no se haya aburrido y se haya decidido a casarse con otro. El, entre tanto, recorre el mundo contando aventuras; pero le dan poco dinero por sus cuentos, y se arrepiente mil veces de haber tirado a la calle la fortuna que su padre le había dejado a costa de tantos trabajos.

LOS DOS GEMELOS

... y poseían en las más altas cimas de las rocas un hermoso y antiguo castillo, donde reinaban, como si toda la tierra les perteneciera.



EN una áspera sierra se elevan dos gigantescas rocas, una cerca de otra, que se llaman *Los dos gemelos*, tan parecidas como dos hermanos y que parecen mirarse con aire de desafío. Entre ellas desciende a la llanura en cascadas espumosas, un torrente que, saltando en su lecho de piedras, se convierte en arroyo. Dícese que esas dos rocas han sido en otros tiempos dos hermanos gemelos, que se amaban tanto, que no podían estar separados ni un momento.

Ninguno de ellos había admitido un regalo sin hacer partícipe al otro, y eran comunes sus alegrías y sus pesares. Si el uno sufría,

el otro lloraba sin encontrar consuelo, y eran los dos tan hermosos como la aurora y el crepúsculo, tan gallardos y airosos como esbeltas lanzas, tan ágiles como flechas y tan fuertes como los osos jóvenes.

Su madre, que era viuda, los miraba con alegría y orgullo, y acariciando sus rizadas cabezas, les decía:

—Alfredo y Eduardo, hermosos hijos míos, ¡qué dichosa sería yo si pudieseis adquirir una celebridad tan grande que las piedras hablasen de vosotros!

Eran de noble origen, y poseían en la más alta cima de las rocas un antiguo y hermoso castillo, donde reinaban, como si toda la Tierra les perteneciera.

Decían a menudo, chanceándose, que no podrían casarse los dos con una sola mujer, y que no encontrarían, ciertamente, dos perfectamente iguales, por lo que se verían obligados a renunciar al matrimonio; pero la madre no era de esta opinión, pues hubiera querido mecer sobre sus rodillas a los hijos de sus hijos y adormecerlos con sus cánticos. Por la noche, mientras hilaba, les contaba antiguas historias, y los dos adolescentes la escuchaban con la mayor ternura: Alfredo, de rodillas a sus pies, sobre un almohadón, y Eduardo, apoyando los codos en el respaldo de su silla y aspirando el perfume de sus cabellos, que brillaban en espesas trenzas oscuras a través del ligero tejido de su blanco velo.

—Es muy joven todavía nuestra madre—decía Alfredo.

—Verdad es—exclamaba Eduardo—; aun no tiene ningún cabello blanco.

—Ni arrugas—añadía Alfredo.

—Nunca encontraremos una mujer que te iguale—decía Eduardo, besando el velo que cubría la cabeza de su madre—. Sólo a ti podemos querer en el mundo.

—Tú las eclipsas a todas—decía riendo Alfredo, besando respetuosamente el dedo pequeño de aquella mano que hilaba tan maravillosamente.

—¡Mi padre fué un hombre dichoso!—exclamaba Eduardo.

—Y sus hijos son también muy felices—añadía Alfredo.

Sonreía su madre al escuchar este encantador diálogo, y les con-

taba cuentos de la abuela y de los malos tiempos en que aquélla había vivido. Les hablaba de su padre, que era muy severo, y de su marido, valeroso hasta la temeridad, y que murió en la guerra. Las comidas que hacían los tres juntos eran tan alegres como si la casa hubiera estado llena de invitados; algunas veces los tenían; pero entonces los jóvenes estaban más silenciosos, porque así lo exigía el decoro de la casa. Su hospitalidad era tan cordial como cariñosa, y a menudo se acostaban sobre los sofás para dejar a sus huéspedes sus buenas camas, cuando eran tan numerosos que invadían todas las habitaciones. No había uno que no se encontrara contento en aquella morada donde habitaban el amor y la alegría.

Cierta mañana los dos hermanos se fueron a caza, recorriendo las rocas más salvajes, buscando un oso que recientemente había hecho grandes estragos en la comarca. Después de caminar mucho, encontraron las huellas de la fiera, y bien pronto un gruñido característico y el ruido de piedras que rodaban a su paso, anunciaron su proximidad.

En el momento en que Eduardo quiso lanzar su flecha, vieron volar otro dardo de una espesura inmediata, y el oso cayó herido en el costado. Al mismo tiempo sonó una carcajada argentina. La fiera se irguió, avanzando sobre sus patas de atrás hacia el sitio de donde había salido el dardo, lanzando furiosos gruñidos. Alfredo comprendió el peligro en que se hallaba el atrevido cazador, y se lanzó en su socorro; Eduardo no se movió, y dijo con tono áspero:

—Que acabe la caza quien la empezó.

Pero Alfredo exclamó:

—¿No has reparado por la voz que es un niño?

Y diciendo esto, marchó hacia

el oso, que se le había adelantado ya, y le hundió su cuchillo hasta el mango en el pecho. El oso se agitó un instante furiosamente y después quedó inmóvil.

—¡Oh, qué lástima!—exclamó la dulce voz que antes habían oído; y salió de la espesura una maravillosa joven, con vestido corto, sandalias y un gorro de piel blanca, bajo el cual aparecían sus negros cabellos, largos y rizados. Aquella hermosa joven tenía los ojos verdes, con pupilas doradas, las cejas graciosamente arqueadas; de sus hombros caía un abrigo de pelo de cabra, sedoso y blanco

como la nieve y llevaba en la mano un ancho cuchillo, parecido al de Alfredo, con el cual había esperado al oso a pie firme—. ¡Qué lástima—repitió—no habérmele dejado matar!

Y las lágrimas saltaban de sus ojos.

Alfredo permanecía de pie, avergonzado, mirando al oso, como si hubiera querido hacerle revivir de nuevo por amor a la bella joven. Esta empujó a la fiera con el pie sin saber lo que hacía, únicamente por ocultar su despecho; pero el oso, que respiraba todavía, se revolvió, dirigiéndose hacia ella. Sorprendida la joven, se sintió tirada hacia atrás, y cayó sobre las zarzas.

—¡Loca niña!—exclamó Eduardo, levantándola.

La joven levantó los ojos muy sorprendida, pues la voz que acababa de oír era la misma que la del joven que estaba delante de ella; igual también su figura y su rostro, hasta confundirse el uno con el otro.

Con la boca abierta como la de un niño asombrado, sus ojos se dirigían hacia los dos hermanos, y los miraba con tan gran curiosidad, que los tres prorrumpieron en una interminable y alegre carcajada.

—Parecéis dobles—dijo la joven—, como una avellana con dos almendras.

—En efecto, somos dos avellanas salidas de la misma concha —dijo Alfredo—; pero ¿quién eres tú, lindísima hada de este bosque? Yo creo que no serás una hechicera disfrazada que quiera perdernos.

—¡Quién sabe! Puede que sea una hechicera; mi abuelo me lo ha dicho ya. Hace ocho días que vivo con él, y en todo este tiempo no ha sentido una sola vez su dolor de estómago habitual.

—Siendo así, debemos tratarte como una hechicera peligrosa —dijo Eduardo—, y llevarte prisionera a nuestro castillo, pues has venido a cazar en nuestras tierras sin nuestro permiso.

—Nosotros tenemos también una madre encantadora como tú —dijo Alfredo.

—¿De veras?—exclamó la joven—; pues es preciso que yo la conozca, y me constituyo en vuestra prisionera.

Dicho esto, llamó a un picador, le dió algunos encargos para su abuelo, recomendándole fuera a buscarla al castillo, y por el sendero más escarpado se lanzó alegremente en compañía de los dos hermanos.

La señora Aurelia, madre de los dos gemelos, estaba asomada a la ventana, esperándoles, y no podía adivinar quién sería aquel joven cazador que acompañaba a sus hijos: detrás de ellos llevaban al oso muerto sobre algunas ramas.

Cuando estuvieron cerca del castillo, la señora Aurelia exclamó asombrada:

—¡Pero, Dios mío, es una joven! ¿Dónde la habrán encontrado?

Algunos instantes después, pasos ligeros y voces alegres resonaban en el patio, luego en el vestíbulo, y por fin en el salón.

—Madre—exclamó Eduardo—, te traemos un prisionero, un cazador que ha venido a cazar en nuestro terreno: ¿qué castigo quieres que le demos?

La señora Aurelia miró a la joven con ansiedad como si presintiera alguna desgracia; pero presentaban los tres jóvenes un grupo tan encantador, que ella, sonriéndose con bondad, tendió su mano a la joven, que la besó respetuosamente.

—Me parece—dijo la señora—que el castigo más fuerte que puedo imponer a esta picarilla, será el de hilar durante algunas horas con una pobre vieja como yo.

—¡Ah! desengáñese usted—contestó la joven—; yo hilo tan bien como una hechicera, y el manejo de la flecha no ha hecho perder su destreza a mis dedos; y en cuanto a la edad de usted, yo tengo ahora por toda compañía a mi abuelo, que es muy viejecito y está sentado todo el día en su sillón, y que se duerme siempre que quiero contarle alguna historia.

Diciendo esto, se quitó su abrigo y fué a dejarle, pero Alfredo la ayudó cortésmente. La señora Aurelia la quitó por sí misma su gorro de pieles, separando de su despejada frente los rizados y negrísimos cabellos.

Parecía aún más bella con su cabellera flotante, que rodeaba

—Madre—exclamó Eduardo—, te traemos un prisionero, un cazador que ha venido a cazar en nuestro terreno; ¿qué castigo quieres que le demos?

su cabeza como una verdadera melena de león: la madre y los hijos la contemplaban maravillados.

—¿Cómo te llamas, hermosa niña?—la preguntó la señora Aurelia.

—Me llamo Urlanda. Es un nombre muy feo, ¿no es verdad? Quisieron llamarme Rolanda, pero yo era tan salvaje y daba tanta guerra, que me han dejado Urlanda.

Dijo esto con voz tan grave y tan cómica, que todos se echaron a reír.

—Mi abuelo—añadió—vive al otro lado de la montaña, y yo he corrido mucho hoy por esos bosques

—Pues la comida nos espera, y te agradeceremos mucho que nos acompañes.

En seguida entraron en el comedor, que estaba adornado con preciosos tapices de Oriente, y en el cual brillaba un servicio de plata magnífico. Los dos hermanos bebieron moderadamente vino con agua; las mujeres, agua sola.

La conversación era animada y sumamente agradable; se hablaba de caza y se contaban historias a cual más maravillosas, distinguiéndose sobre todo Rolanda, que tenía un talento particular para contar las cosas más increíbles con una seriedad tan completa como si hubiera sido testigo ante un tribunal.

Se reía mucho porque tomaba siempre a los dos hermanos el uno por el otro. Cuando Alfredo hizo valer a sus ojos su título de salvador, Eduardo se apresuró a hacer notar que era él quien la había preservado del último abrazo del oso.

—Estoy contentísima—dijo ella riendo—por deberos la vida a los dos, pues de otro modo me habría sido imposible reconocer jamás a mi salvador.

Terminada la comida, que fué excelente, pidió la rueca y el huso, para demostrar que lo que había afirmado acerca de su destreza de hilandera no era un cuento de caza de osos, y dirigió a los dos hermanos una maliciosa mirada al notar su asombro. Verdaderamente, el hilo que salía de sus manos parecía el de una araña; era tan fino y tan igual, que causó la admiración de la señora Aurelia.

—Mi madre me ha enseñado a bordar—dijo la joven—; bordaba

como una hada, y creyó que podía domar mi carácter impetuoso con esos trabajos encantadores; pero yo los terminaba más pronto de lo que ella hubiera podido creer, y antes de que hubiera tenido tiempo de impedírmelo, ya estaba cazando en los bosques. Ahora —prosiguió con un ligero suspiro—han vendido los caballos, y por otra parte, sería imposible ir a caballo en estas miserables montañas donde falta el espacio; pero... ¡ah! aquí están ya los caballos —exclamó saltando de su silla—; es tiempo de que me marche, pues si tardo llegaré a casa de noche, y mi abuelo me reñirá como sabe hacerlo cuando quiere: ¡me dan tanto miedo sus espesas cejas cuando las rodean las arrugas!

La joven se acercó a la señora Aurelia, besó sus manos, saludó graciosamente a los dos hermanos con su gorra de piel, que hundió en seguida sobre los rizos de su frente, y salió de la sala como un torbellino, y montó a caballo de un salto como si hubiera sido un muchacho. Los dos hermanos habían mandado ensillar sus caballos para acompañarla hasta los límites de su propiedad, y los tres, riendo, saludaron desde abajo a la señora Aurelia, que los miraba con sus ojos graves y la sonrisa en los labios. La buena madre sentía, sin darse cuenta del porqué, una gran inquietud en el corazón; de buena gana hubiera llamado a sus dos hijos.

Rolanda quería galopar por montes y llanuras, costando trabajo impedírselo, y cedió un poco porque excitaron su compasión para los animalitos.

—¡Bah! Yo he mirado siempre a los caballos como sillas ambulantes—contestó.

Como la noche se aproximaba, invitó a los dos jóvenes a que se detuvieran en casa de su abuelo, y ellos aceptaron la invitación. El anciano estaba sentado cerca del fuego, y acariciaba su blanca barba, que le llegaba hasta el pecho.

—¿Qué le ha pasado a esta aturdida?—preguntó con bondad.

—He sufrido una terrible cautividad por delito de caza—contestó la joven—; éstos son mis perseguidores, y han venido conmigo para demostrar la verdad de mi afirmación.

El anciano miró con interés a los dos jóvenes, que estaban delante de él en actitud respetuosa, y les invitó a cenar, siendo la

comida de la noche no menos alegre que la del mediodía en casa de la señora Aurelia. Al amanecer, Alfredo y Eduardo se marcharon, y experimentaron gratísima sorpresa al recibir a su salida una lluvia de flores que volaban de una ventana.

Volviéronse a mirar hacia aquel lado, pero la ventana se cerró bruscamente y no vieron a nadie.

Esta fué la primera de una larga serie de visitas, de recepciones, de cacerías, de cabalgatas y de horas íntimas pasadas en conversación con la joven. Rolanda tenía también sus horas de melancolía, durante las cuales les parecía aún más encantadora. Entonces hablaba de sus padres muertos, lamentándose de haber quedado tan sola sobre la tierra; preveía que su abuelo no viviría mucho tiempo, y entonces no sabría adónde ir.

—¡Qué mala idea tienes de nosotros!—exclamaba Alfredo—¿No somos tus hermanos, y no hay aquí un lugar para ti?

—¿Acaso no te ama nuestra madre como a una hija?—añadía Eduardo.

Al oír esto, el corazón de la señora Aurelia se oprimía con ansiedad, y sin embargo, había tomado mucho cariño a aquella selvática niña.

Quince días después de esta conversación, las herraduras de un caballo resonaban furiosamente en la montaña, y después en el patio del castillo. Era Rolanda, sin sombrero, con los cabellos al aire... Pálida como una muerta, se precipitó llorando hacia la señora Aurelia.

—Suplico a usted, señora, en nombre de Dios—dijo—, que me reciba en esta casa; mi pobre abuelo ha muerto, le he cerrado los ojos, le he lavado y vestido, le he colocado en un ataúd, y en su tumba; no he tenido

miedo; pero han llegado los parientes, una bandada de ellos, que se han pegado y han reñido por la herencia; y se han enfurecido horriblemente conmigo porque el abuelo me ha dado más que a ellos. Uno calvo, enano y horrible, me ha pedido en matrimonio. ¡Qué horror! ¡Entonces sí que tuve miedo!... ¡El miserable!... Pero yo le dije que me llamaba Urlanda, y que era tan mala, que nunca se casaría nadie conmigo. No, no... yo no quiero marido; deseo quedarme aquí largo tiempo si no me rechazáis.

A la señora Aurelia le costó mucho trabajo comprender lo que la joven quería decir en aquel torbellino de palabras. Hizo todo lo posible por calmar su exaltación, la estrechó contra su pecho, alisó sus rebeldes rizos, la condujo a una linda habitación decorada de blanco, que ella había ya habitado otras veces, y la dijo que allí estaría siempre mientras hubiera un techo en la casa. Rolanda se arrojó en sus brazos, y besó sus manos, prometiéndola ser en el porvenir tan pacífica como un lago tranquilo. La señora Aurelia sonrió, asegurándola que esto sucedería cuando fuese una mujer formal.

—¡Oh, no; eso de ser una mujer formal debe ser muy triste —exclamó la huérfana—; yo quiero ser siempre soltera y libre, libre como los pájaros.

La señora Aurelia ahogó un suspiro al escuchar la voz de sus hijos, que entraban preguntando por Rolanda, a quien habían visto, desde lejos, llegar tan impetuosamente.

Desde el día en que Rolanda se instaló en el castillo, empezó a operarse un cambio extraordinario en el carácter de los dos hermanos gemelos; ellos la habían recibido desde luego como a su hermana pequeña; pero ella mostraba una gran timidez y cierta confusión. Los

hermanos salían más a menudo que antes, pero ya no juntos, sino cada uno por distinto camino, y Rolanda permanecía mucho tiempo con la madre, siempre pensativa y vertiendo lágrimas a escondidas.

Cuando creía que no la observaban, dirigía sus miradas del uno al otro hermano, como si hubiera querido descubrir alguna cosa que le ocultaban: todavía tomaba al uno por el otro, confundiéndolos; pero ya no se reía, y algunas veces miraba ansiosamente a su madre. La señora Aurelia veía con pesar profundísimo que una nube de melancolía invadía su casa, y se escondía como Rolanda para llorar, desde el día en que cada uno de sus hijos le había hecho separadamente, al crepúsculo, la confesión de su grande, infinito e indomable amor por aquella misteriosa joven, habiendo cada uno de ellos añadido:

—¡Madre mía! ¿Crees tú que mi hermano la ama también? ¡Está tan cambiado! ¡A cuál de los dos preferirá!...

La señora Aurelia consumió muchos cirios en la pequeña iglesia del pueblo cercano: esperaba por esta penosa peregrinación implorar del cielo la gracia de que una tan grande desventura no cayera sobre su casa. En aquellos días, la exaltación de Rolanda había llegado a ser inmensa, pues casi al mismo tiempo, Eduardo y Alfredo, separadamente, la habían confesado su amor, y la pobre joven interrogaba en vano su corazón; ella les amaba demasiado para hacer a uno de ellos desgraciado, y ni su corazón ni sus ojos podían distinguir el uno del otro, ni separarlos. No quería decir nada a la señora Aurelia por no afligirla, pero sentía que los dos hermanos perdían poco a poco su mutua afección, y cambiaban entre sí palabras duras, lo que no habían hecho jamás hasta entonces. Por fin un día la señora Aurelia llamó a su lado a los tres jóvenes, y dijo a sus hijos:

—Hace tiempo que sufro contemplando con dolor la penosa lucha de vuestros corazones; uno de los dos debe hacer un sacrificio para que el otro sea dichoso.

—Sí, uno de los dos debe dejar este país—dijo con acento desesperado Eduardo.

—¡En nombre del cielo!—exclamó Rolanda—; no vayáis a aborreceros por mi culpa.

—¡Oh, no!—dijo Alfredo con una melancólica sonrisa—; eso no lo haremos, pero puede uno marcharse solo y no volver jamás.

—¡Oh, Dios mío!—gritó la señora Aurelia levantando las manos—. ¡Es posible que yo haya dado a luz seres tan débiles y les haya educado tan mal que ninguno de ellos tenga fuerzas para soportar el primer dolor que les ofrece la vida! Rolanda, es preciso que tú reflexiones esta noche, y mañana procuraremos tener la fuerza y el valor necesarios para tomar una resolución.

En seguida se separaron llenos de amargura.

Alfredo, sin embargo, tomó en la floresta el camino que conducía al pueblo cercano, se arrodilló en la pequeña iglesia de las rocas, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Tú conoces mi corazón y mi valor; dame la energía necesaria para no hacerme daño a mí mismo, ni a mi madre, ni a mi hermano, ni a la mujer a quien tanto quiero! Si ella no me quiere, conviérteme en piedra para que yo pierda toda sensibilidad y no sufra.

Eduardo había llegado también a la iglesia, por otro camino, y había hecho el mismo ruego. Al verse se dirigieron los dos una triste mirada, y volvieron a casa cada uno por su lado, más persuadidos que nunca de que debían cumplir el sacrificio.

A la mañana siguiente, la señora Aurelia se levantó pálida como el velo que cubría los primeros hilos plateados de sus cabellos. Hubiérase dicho que los dos jóvenes iban a la muerte; sólo Rolanda entró con el rostro sereno. En toda su persona se había operado una transfiguración que la hacía sobrenaturalmente bella; hasta parecía haber crecido en estatura. Con voz dulce y armoniosa, exclamó:

—Venid conmigo, mis únicos amigos, que bajo el cielo es sólo Dios quien debe pronunciar nuestra sentencia.

Y dicho esto, se adelantó somo si la impulsara el viento; sus manos estaban transparentes como la cera; en sus ojos, que levantaba hacia el cielo, brillaban algunas lágrimas. Se detuvo al borde de un precipicio espantoso, donde se arrodilló delante de la señora Aurelia, diciendo:

—Bendecidme, madre mía.

La señora Aurelia puso sus manos temblorosas sobre la hermosa cabeza de la joven.

—Ahora—dijo Rolanda con voz conmovedora—, escuchadme: yo os amo a los dos de igual modo; os amo infinitamente más que a mí misma, tanto, que no puedo escoger entre ninguno de los dos; pero el que me saque del abismo, aquél será mi esposo.

Y antes de que ellos hubieran podido extender la mano para detenerla, la joven saltó como un corzo por encima de la cresta de la roca a la profundidad espantosa del precipicio; pero ¡oh, milagro! al caer, se convirtió en un torrente, en una cascada espumosa, cuyas aguas salpicaban en el aire como el velo de una joven desposada.

Alfredo y Eduardo quisieron precipitarse en su seguimiento, pero en vano, pues sus pies se petrificaron, convirtiéronse en roca sus cuerpos y sus corazones, y quedaron así, elevados hacia el cielo.

Su infeliz madre alzó los ojos, exclamando:

—¡Y quedaré yo sola! ¿No tendrás piedad de mí, Dios mío?

Dicho esto, cayó en tierra con los brazos extendidos abrazando a sus hijos, y en el sitio en que cayó apareció un espeso y blando musgo que se extiende cada vez más y más, medio envolviendo las rocas.

Así se les ve todavía y se les verá siempre: la salvaje y blanca desposada, convertida en torrente; los hijos dispuestos al sacrificio, en rocas, y su tierna e inseparable madre, en el musgo que las envuelve como una caricia.

UN PRINCIPE EXCEPCIONAL

—¡Ah! ¡Vivir sin madrecita! No es posible, yo no puedo. ¡Madre, madre, despiértate y mira mi corazón, que sufre tanto!

UN PRÍNCIPE EXCEPCIONAL

XISTIO en tiempos remotos un joven, casi un niño, que ardía en deseos de llevar a cabo grandes hazañas; no encontraba nada demasiado grande, demasiado difícil, demasiado bueno, para no intentar conseguirlo.

Amaba a su patria con delirio y socorría generosamente a los pobres; respetaba y estimaba a las mujeres, cualquiera que fuese su posición y su fortuna, y protegía a los débiles: pero toda su actividad, toda su abnegación no llegaban nunca a calmar la sed ardiente de su alma.

Viendo en el mundo tanta miseria, contemplando por doquiera

la desesperación, el odio y la mentira, pensaba que su existencia sería inútil sobre la tierra, si no podía borrar todo esto, si no alcanzaba a hacer felices a los hombres.

Era su madre una Emperatriz, llena de bondad, a quien se veneraba como a una santa; decíase de ella que tenía el don de curar las enfermedades sin más que imponer sus manos; y de cerca, como de lejos, los enfermos corrían en tropel para ser curados por ella. Por esta razón se la perseguía y atormentaba, haciéndola sospechosa al Emperador, que viendo era más popular que él, la prohibió hacer nuevas curaciones, y la desterró de la corte. Entonces la Emperatriz se retiró a las montañas, donde el pueblo la siguió, y pudo, aun en el destierro, curar a millares de enfermos; pero sus penas fueron tan grandes por la persecución de que era objeto, que la acometió una profunda melancolía, y sin tener enfermedad que pudieran conocer los médicos, languideció más y más cada día, hasta que una mañana la encontraron muerta en su lecho; los enfermos corrían a su féretro para curarse, tocándola después de muerta.

La Emperatriz no se había atrevido a llevar con ella al destierro a su hijo único; pero éste huyó en secreto y fué a reunirse con su adorada madre, permaneciendo horas enteras a su lado escuchando sus dulces palabras, que caían sobre su corazón como el rocío sobre las flores, mirando sus bellas manos con admiración cuando distribuían por doquiera la fuerza y la salud.

—Ya que sabes curar a las gentes, ¿sabes hacerles amar el bien?— la preguntaba algunas veces.

—Cuando hay salud, es más fácil sentir y producir el bien —respondía la Emperatriz, acariciando la hermosa cabeza de su hijo.

—Pero yo estoy muy bueno de salud y, sin embargo, no soy bueno—decía el niño un día tristemente.

—No es fácil ser bueno de repente, hijo mío; es necesario aprender a serlo.

Así hablaba aquella dulce boca, que se había cerrado para siempre. El niño se arrojó desesperado al suelo al lado del cuerpo de su adorada madre.

—¡Ah! ¡Vivir sin mi madrecita! No es posible, yo no puedo

—decía lamentándose—. ¡Madre... madre, despiértate y mira mi corazón, que sufre tanto!

Las gentes rodeaban en silencio a la santa muerta y a su querido hijo, a quien no podían consolar.

¡Qué le importaban las lágrimas de los demás, ni qué ver a todo un pueblo seguir el féretro que llevaba al seno de la Tierra el cuerpo de su bienhechora, si estas manifestaciones de sentimiento no podían calmar el dolor que desgarraba su alma! Ya todo le parecía triste, sombrío el cielo, oscuro el sol; creía hallarse solo en este gran universo, de donde había desaparecido su madre. Se alejó de su tumba sin que nadie lo notara; los asistentes le habían oído sollozar con fuerza, y arrodillarse golpeándose el pecho, y después desapareció.

Su padre, el Emperador, envió mensajeros a los confines más apartados de su Imperio para buscarle; pero su heredero había desaparecido, como si se le hubiera tragado la Tierra.

Todo el mundo ignoraba la existencia de un ermitaño a quien se creía muerto y que permanecía oculto en las fragosidades de la sierra; sólo una mujer le había conocido, y había obtenido de él la promesa de que recogería a su hijo cuando ella muriese; esta mujer era la Emperatriz. El huérfano había ido a buscar al ermitaño en cuanto se vió solo, y le dijo estas palabras:

—Enséñame a ser bueno.

Después de hacerse conocer, se metió en el rincón más sombrío de la gruta, y lloró sin consuelo durante algún tiempo, sin poder enjugar sus ojos ni calmar su corazón. El anciano le miraba en silencio; pasaba su huesosa mano sobre su arrugado rostro y su barba blanca, conteniendo las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—¡Manuel, hijo mío!—exclamó al fin—; sigue las huellas de tu madre, y serás bueno.

—¡Ah! Mi madre no tenía un corazón tan ardiente, tan salvaje, tan impetuoso como el mío.

—Eso crees; pero ¿quién sabe si antes de que tú hayas podido conocerla habrá sido como tú?

—¿Como yo? Eso es imposible.

—En la juventud, la sangre es impetuosa y ardiente, y tú no sabes cuánto ha sufrido tu pobre madre.

—¡Oh! ¡No habrá luchado con tantas amarguras!

—¡Niño... niño!... Apenas sufres el primer dolor, y ya crees que nada iguala a tus penas; en este momento sólo piensas en ti.

—¡Pues en quién debo pensar, si no tengo a nadie!

—¿En quién? Mira...

Y el ermitaño le mostró el valle, donde súbitamente empezaron a pasar las imágenes de todos los dolores que el mundo encierra: los paralíticos, los ciegos, los lisiados, los pobres prisioneros, los esclavos, los miserables, los enfermos, y muchas mujeres y niños abandonados y llorando. Día y noche duró esta procesión lúgubre; tres veces salió el Sol y volvió a desaparecer, y tres veces la Luna, y las pálidas figuras pasaban siempre ante sus ojos. Manuel les miraba en silencio y profundamente conmovido, hasta que el ermitaño pasó su mano sobre los ojos fatigados del adolescente, y se cerraron, entregándose a un profundo sueño. Le tomó en seguida en sus brazos, y le llevó al interior de la caverna, haciéndole beber leche, y después le dejó dormir. Al cabo de dos días se despertó fresco y tranquilo.

—¿Sabes tú para quién debes vivir?—le preguntó el ermitaño.

—Sí; debo vivir para mis semejantes, para la Humanidad—con testó el adolescente como en un sueño.

—Desde ahora vas a olvidarte de ti mismo. Vas a representar en el mundo la caridad y la humildad que constituía el ser de tu madre. ¿Te sientes con fuerzas para realizar tan noble misión?

—Sí, sí; me siento dispuesto; he soñado cosas extraordinarias, he visto todas las desgracias, y me parece haber recorrido toda la Tierra.

—Pues bien, hijo mío; entonces vete a ser el servidor de los demás; nadie te reconocerá, y si me necesitas, bastará que pienses en tu madre al acostarte, para tenerme inmediatamente a tu lado; pero guárdate de hacer mal a nadie, porque la imagen de tu madre desaparecerá en seguida y no podrás volver a encontrar el camino que te conduzca hasta mí.

Manuel hizo mil promesas, y besando respetuosamente las manos del ermitaño, se fué por el valle a buscar trabajo. No había andado aún mucho, cuando encontró a una pobre vieja, que se esforzaba en arrastrar pesados haces de leña, deteniéndose a menudo para tomar aliento. La anciana miró con malos ojos al bello adolescente, pero éste, aproximándose a ella, la saludó con agrado y la preguntó con mucha cortesía si quería permitirle llevar su carga hasta donde ella quisiera.

—Es muy pesada, y el camino largo—contestó ella mirándole sorprendida.

—Razón de más para que yo me decida a ayudar a usted—contestó Manuel, cargándose toda la leña y caminando tan de prisa, que apenas podía seguirle la vieja.

Así anduvieron hasta la noche, en que llegaron a una pequeña cabaña. Manuel depositó su carga, saludó a la vieja y quiso alejarse; entonces ella, mirándolo con atención, le dijo:

—¿Te vas sin salario? ¿Dónde vas a pasar la noche?

Manuel señaló la tierra.

—En este mundo—dijo sonriendo—no faltan camas.

—No, hijo mío, no es eso lo que yo quiero decir; comerás, beberás y descansarás en mi cabaña; tengo bastante para los dos.

Le hizo entrar y tomar asiento, y preguntándole de dónde venía y adónde quería ir, el joven contestó:

—Vengo del desierto, y quiero servir.

—¿Y qué salario deseas?

—¿Yo? Ninguno. Me propongo únicamente hacer el bien por el bien.

La anciana le preparó un modesto lecho, donde durmió apaciblemente toda la noche, y cuando al amanecer quiso marcharse sin hacer ruido, para no despertarla, ella estaba ya de pie y le tenía preparada un taza de leche con pan. Al manifestar su agradecimiento el joven, la anciana le dijo:

—No renuncies al bien; aunque sea un cuarto de hora de sueño, aprovéchale si la ocasión se presenta; yo no quiero dejarte partir sin recompensa, pues hallarás mucha ingratitud en tu camino. Mi regalo va a ser este consejo: "Sé bueno, aunque cada vez que hagas algún bien a los demás, es a ti mismo a quien te le haces, y debe importarte poco que te lo agradezcan o no; por el contrario, el mal que hagas a los demás, caerá sobre ti, se quejen o no; no lo olvides, hijo mío."

Este regalo pareció muy original a Manuel, y no sabiendo si debía o no alegrarse, dió las gracias a la anciana, y se alejó. En el camino encontró un hombre medio muerto, que se había destrozado al caer de una roca, y apenas tenía fuerza sino para gemir, diciendo:

—Razón de más para que yo me decida a ayudar a usted—contestó Manuel, cargándose toda la leña...

—¡Hija mía!... ¡Mi pobre hija!

Manuel le levantó cuidadosamente y le llevó a su casa, pareciéndole interminable el camino con un fardo tan pesado. En el quicio de la puerta se hallaba una preciosa muchacha de extraordinaria belleza; no era ni una niña ni una joven, era más bien una adolescente, con grandes ojos negros y expresivos y cabellos negros, como el ala del cuervo, que ondulaban alrededor de su fina cabeza. La joven, al ver al herido, alzó sus pequeñas y delicadas manos, exclamando:

—¡Padre mío! ¡Padre de mi alma!

Y su hermoso rostro palideció hasta igualarse con los muros de su casita, blanqueada con cal.

—No se apene usted—dijo Manuel para tranquilizarla—; el accidente no es grave, y es de esperar su curación.

—Guillermina, hija mía—gimió el herido—, no llores, que mi muerte no te impedirá el ser dichosa.

Dichas estas palabras, perdió el conocimiento, quedando muchos días en este estado. Manuel no se apartó de su cabecera, cuidándole con la piedad de un hijo.

La pequeña Guillermina le obedecía en todo, como a un hermano, esperando siempre salvar a su padre, pues sin él, decía llorando, se quedaría abandonada sobre la Tierra.

Día y noche permanecieron los dos jóvenes cerca del moribundo, reclinando la niña algunas veces su cabeza sobre la almohada de su padre, rendida de fatiga. Un momento en que se dejó rendir por el sueño, el enfermo volvió en sí, y estrechando la mano de Manuel, murmuró:

—Protege a Guillermina.

El joven hizo un signo de asentimiento y estrechó la flaca mano del moribundo, que cerró los ojos para no volverlos a abrir más. Manuel notó que estaba muerto, pero no gritó, y contuvo sus lágrimas para no turbar el dulce sueño de la niña, que iba a tener tan doloroso despertar.

El joven pensaba en la recomendación del moribundo.

—Si mi madre viviera aún—se decía—sabría aconsejarme el partido que he de tomar.— Y así, preocupado y fatigado, se extendió en el suelo.

Al momento se encontró en la cabaña del ermitaño, que le acogió con estas palabras:

—Tranquilízate; tráeme esa niña, que yo la educaré para ti.

—Pero ¿tú lo sabes todo?—preguntó Manuel asombrado.

—Yo sé todo lo que se relaciona contigo, pues tu madre, que te acompaña siempre, me lo dice. Déjame la niña y continúa haciendo el bien; sigue tu camino.

Un grito de Guillermina hizo volver en sí al joven, que creyó había sido todo un sueño.

—¡Padre mío!...—exclamó la joven con terror, contemplando el helado rostro del difunto, y prorrumpiendo en amargo llanto.

Su joven protector la tomó la mano, diciéndola:

—A mí es a quien te ha legado; ahora eres mi hermana y mi hija; yo sé de un lugar seguro donde estarás muy bien; ¿quieres seguirme?

—Donde tú quieras—contestó la niña llorando;— no tengo a nadie ni poseo nada.

Enterraron a su padre y se fueron cogidos de la mano hasta la

caverna, donde llegaron a la caída de la noche. Manuel sentía la pequeña mano de la joven, temblorosa y fría, entre las suyas.

—No tengas miedo—la dijo—; te llevo a casa de un buen hombre que te amará mucho.

El solitario contempló a Guillermina como lo hubiera hecho un padre cariñoso, desvaneciéndose todos los temores de ésta al verle, y bien pronto habló con él con la mayor confianza. Por la mañana, después de un sueño reparador, el ermitaño despertó dulcemente al joven, y le dijo:

—Evita a la niña una despedida dolorosa; yo la saludaré de tu parte, y vete, que el trabajo te espera.

Manuel dirigió una dulce mirada a la niña dormida, cuyas negras y largas pestañas sombreaban sus pálidas mejillas, sintiéndola respirar tan dulcemente, que apenas se levantaba su pecho.

—Yo quisiera quedarme aquí, aquí donde se está tan bien —murmuró el adolescente; pero el ermitaño le condujo hasta la puerta.

—Lo que has hecho no es nada, hijo mío; no mereces todavía el descanso.

Manuel volvió a bajar al valle y encontró a un antiguo criado

del Emperador, su padre; pero no fué reconocido por él: estaba ocupado en construir una cabaña con ramas y tierra, mientras que su mujer cuidaba de dos niños pequeños.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Manuel reconociéndole desde luego, aunque su rostro estaba arrugado por el pesar y parecía mucho más viejo. El joven estuvo a punto de hacerse traición, llamándole por su nombre, *Antonio*, pero se contuvo al oírle decir:

—Nunca he sido tan pobre ni tan desgraciado como ahora; he servido mucho tiempo al Emperador y he llevado a su hijo en mis brazos; al presente me persigue mi mala estrella; me han despedido, echándome a la calle con mi mujer y mis hijos.

—¿Por qué?

—Porque el joven Príncipe ha huído, Dios sabe dónde, y han despedido de la casa a todos los que no hemos podido encontrarlo. El Emperador no ha hecho caso de su hijo mientras le tuvo a su lado, y ahora parece que se le va a hundir el cielo si no le encuentra; pero no tardará en olvidarle, porque va a volverse a casar; y si la nueva Emperatriz le da un hijo, no pensará más en el otro; en cuanto a nosotros, quedaremos pobres y desgraciados para siempre.

—Quizá pueda yo ayudarte.

—¡Tú!

Antonio le miró con desprecio.

—¿En qué quieres ayudarme? ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

—Me llamo Manuel, y quiero servirte; conozco la jardinería y te podré ser útil.

—¡Manuel! Mi joven Príncipe se llamaba Manuel. ¡Que Dios le castigue por haberme hecho tan desgraciado! Y tú, ¿no serás también un vagabundo, que sólo me cause penas y disgustos?

—Ya lo verás; y sobre todo, puedes despedirme en el momento en que tengas alguna queja de mi comportamiento.

—Comerás el pan de mis hijos y no me traerás nada.

—Hagamos la prueba.

Antonio se encogió de hombros en señal de desprecio.

—Esta bien, mozo; voy a hacer la prueba en el nombre de Dios; pero si cometes la menor falta, no tendré piedad de ti, como no la han tenido de mí. Te advierto que no quiero holgazanes en mi casa.

Aun no había terminado el día, cuando ya Manuel estaba recogiendo plantas y preparando un pedazo de terreno para sembrarlas. Su actividad era prodigiosa. Corrió a la ciudad y empeñó su abrigo para comprar maíz y una cabra, que llevó lleno de alegría. Los niños la recibieron con gran júbilo, e hicieron mil caricias a Manuel por este obsequio; pero Antonio no hacía más que gruñir, y siempre descontento, no tenía nunca una buena palabra para el joven, dándole bien escasa la comida.

No había más que un medio de verle un poco amable, y era recordarle su antigua posición; entonces soltaba la lengua, dando los más pequeños detalles de la suntuosa mesa y de los ricos platos que le regalaban para sus hijos; de las

gentes que le adulaban con sus saludos para hacerse anunciar más pronto; del Emperador, que estaba siempre de mal humor y tenía un carácter áspero, que gruñía terriblemente a sus criados por la menor falta que cometían.

Manuel sonreía al pensar cómo le trataba Antonio, llamándole vagabundo y mendigo a todas horas.

—En cuanto al Príncipe—continuaba diciendo Antonio—, no era tampoco muy bueno, pues hacía toda clase de picardías y de malas partidas. Cuando íbamos a denunciarle, desaparecía, escondiéndose detrás de su madre, que le mimaba, como hacen todas las madres con sus hijos—y al decir esto lanzaba una mirada irónica a su mujer— El Emperador la ha repudiado por su mala vida y por sus relaciones con gentecilla de poco más o menos.

A estas palabras, Manuel saltó como mordido por una serpiente, exclamando:

—¡Mientes! ¡La Emperatriz era una santa!

Antonio miró con sorpresa al adolescente, y dijo:

—¿Qué sabes tú de eso, Manuel?

—Yo la he visto curar los enfermos; yo...

—Y bien, ¿quién eres tú?

—Yo la he visto adorada por todos los pobres, y yo soy uno de ellos.

—Pues a mí no me ha querido nunca bien, y su hijo me ha golpeado una vez; lo estoy sintiendo todavía, pues no pude devolverle el mal que me hizo, y no quise denunciarle, porque hubiera sido castigado con dureza; pero ahora lo siento, pues él es la causa de mi ruina. Por lo demás, procura no volver a desmentirme de ese modo, porque te moleré las costillas.

A Manuel le querían mucho en el mercado, donde llevaba a vender las legumbres que había cultivado, entregando íntegro el importe a Antonio. Bien pronto tuvo un asno para llevar los canastos, y un día se presentó en casa de su amo con una vaca. Las mujeres y las niñas le daban flores, y los niños le gritaban desde lejos:

—¡Manuel! ¡Manuel!... Ven a ver mi caballo, que está malo; nuestra cabra está coja; mi madre tiene un poco de lino reunido y quiere rogarte que lo vendas, porque tú sabrás sacar mejor partido que ella;

mi hermanita se ha caído, y te llama a voz en grito para que le cures como has curado a muchos.

De todas partes le buscaban y para todo tenía tiempo, haciendo por doquiera beneficios, lo que irritaba a Antonio, que era envidioso y quería tenerle para él solo; temía que su criado hiciera beneficios a los demás en perjuicio suyo, aun cuando Manuel cultivaba para sí mismo un pequeño terreno aparte, con lo que socorría a algunos pobres, de quienes era la Providencia.

Los beneficios que hacía eran innumerables; los hijos de Antonio le amaban con extremo, y sobre todo, su mujer le estimaba mucho y le pedía parecer acerca de multitud de cosas, lo que al fin hizo a Antonio terriblemente celoso.

Esto contribuyó a que tratara a Manuel cada día peor, obligándole a trabajar de una manera inaudita, sin que por eso el joven se quejara nunca, no ocurriéndosele la idea de que Antonio pudiera tener celos, suponiendo sólo que el bienestar engendra la dureza de corazón.

Un día estaba Manuel en el mercado; había vendido todos sus frutos y los de Antonio, distribuyendo sus propias ganancias, cuando un hombre que no tenía más que el brazo derecho, se le acercó pidiéndole una limosna. Manuel, que nunca tocó a los fondos de su amo, esta vez, no teniendo nada suyo, tomó unas cuantas monedas para reponerlas más tarde; en el mismo momento se sintió cogido por el cuello.

—¡Ah, ladrón, mendigo!—le gritó Antonio con rabia indecible y echando espuma por la boca—; al fin te atrapé, miserable, y voy a hacerte ver, hipócrita, lo que pienso de ti, que me robas el dinero y metes la cizaña en mi casa, educando mal a mis hijos.

Y con todas sus fuerzas golpeó a Manuel con el puño cerrado; la sangre subió al rostro del joven, que quiso defenderse; pero reflexionando, dejó caer su brazo bajo la lluvia de golpes; esto no duró mucho tiempo, pues los transeuntes se reunieron y uno de ellos detuvo valerosamente el brazo de Antonio, gritando:

—¿Por qué maltratas a tu bienhechor y al mío? ¿No te da vergüenza?

Entonces Manuel se volvió hacia Antonio con el rostro pálido como la muerte y los ojos encendidos, y le dijo:

—Antonio, mi antiguo criado, soy tu Príncipe; ahora no te debo nada, estamos en paz.—Y desapareció.

Antonio llevó las manos a su cabeza vacilante.

—¡Nuestro Príncipe heredero! ¡Ah, era él!—murmuró con espanto.

Todo el mercado se puso en revolución; muchos se lanzaron a buscar a su querido Manuel; otros injuriaron y golpearon a Antonio, que había destruído por su brutalidad la dicha de todos.

Antonio estaba inconsolable, y Manuel no fué encontrado, pues había desaparecido con tanta viveza como sus frágiles piernas se lo permitieron, yendo a echarse en la tierra, en medio de un campo de maíz; allí, oculto entre las anchas hojas, lloró como no había vuelto a llorar desde la muerte de su madre.

—Ahora—decía sollozando—ya comprendo las penas que causa la ingratitud.

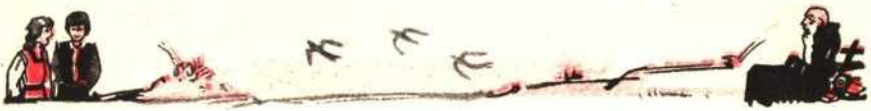
Y se apretaba el puño contra sus dientes, de manera que la sangre saltaba de sus labios.

—¡Oh, madre, madre!...—decía—; yo puedo soportarlo todo, menos la vergüenza.

Apenas había pronunciado este llamamiento, cuando el solitario se había presentado delante de él, y poniéndole afablemente la mano sobre el hombro, le dijo:

—Mira a ver si reconoces ahora a la pequeña Guillermina.

Manuel, embelesado, miró a la maravillosa joven, que le contemplaba con sus ojos negros, bajando después sus sedosas pestañas como un velo sobre sus mejillas ruborosas. No pudo hablar de sorpresa y admiración, olvidándose de darle la mano y mirándola siempre.



—¿No es verdad—le dijo el solitario—que he sido mejor guardador de tu tesoro, que tú lo has sido del de tu servidor? Yo no se la he dado a nadie.

Manuel miró con asombro al solitario, y dejó caer la cabeza como un niño a quien se reprende.

—No se puede hacer el bien con el dinero de los demás sin su consentimiento—continuó el ermitaño—; has cometido una falta, hijo mío.

—Bien amarga ha sido la expiación—contestó el joven con las mejillas encendidas y las lágrimas en los ojos.

—Pero aquí tienes tu recompensa, aunque no la has merecido del todo—dijo el solitario mostrándole de nuevo a Guillermina, cuyas miradas iban de uno a otro con sorpresa—. Ahora disfrutemos algunas horas de alegría antes de volver a tu trabajo.

Guillermina preparó una comida suculenta en la gruta exterior, y el joven pudo admirar el nuevo aspecto de la caverna, que había sido transformada por sus manos de hada. Alrededor colgaban los tapices que ella había tejido, y el solitario llevaba una camisa bordada por ella como igualmente su propio vestido. Enseñó a Manuel con orgullo los libros que había leído con su querido maestro. Entonces el joven se puso triste de nuevo.

—¡Ah! Yo soy un ignorante—exclamó—; no aprendo nada ni tengo tiempo para ello, y de este modo bien pronto seré indigno de ti, Guillermina.

—Busca una ocupación que te dé producto, y con tus ganancias procura instruirte.

—¿Y los pobres?—preguntó Manuel.

—Hay muchas maneras de hacer bien, y las limosnas espirituales no valen menos que las materiales.

Manuel pasó algunas horas dichosas en la gruta, pero cuando el Sol descendía del horizonte, coloreando de púrpura y oro las cumbres de las rocas y envolviendo el valle con sombras azuladas, le dijo el solitario:

—Es preciso que te marches antes de que sea de noche.

El joven miró tristemente a lo lejos, sintiendo el corazón muy oprimido. Guillermina le atraía como un imán, y sus últimas experiencias habían sido bien amargas.

Observó el solitario su vacilación, y sin dar muestras de advertirlo, apresuró severamente la partida del joven. Manuel se indignaba en su interior contra esta dureza encontrando el Universo bien cambiado. Al fin descendió lentamente, más lentamente que otras veces, volviendo la cabeza sin cesar. Guillermina permanecía de pie, iluminada por los últimos rayos del Sol, haciéndole signos de despedida, y él, comprimiendo con su mano los latidos de su corazón, sentía un dolor que no había experimentado jamás.

¿Por qué le despedía el ermitaño antes de la noche?, se preguntaba, reprochándose no haber insistido por quedarse hasta el día siguiente; ¿por qué debía él aprender, con tanto trabajo, esta ciencia de la abnegación que había practicado desde el principio con tanta humildad como la encantadora muchacha? La crueldad del solitario era para él incomprensible. Abismado en estos pensamientos, siguió andando, hasta que, completamente cerrada la noche, se acostó sobre una roca y se durmió. Entonces, bajo aquel cielo estrellado, creyó ver en sueños a su adorada madre, curando innumerables enfermedades con la imposición de sus manos, y se despertó de repente.

—¡Seré médico!—exclamó—; de esta manera podré socorrer a los que sufren.

Entonces descendió al valle, llegó a una población y entró en casa de un farmacéutico.

—¿Puedo yo entrar como ayudante en esta casa?—le preguntó—. Conozco las plantas y sé cultivarlas, nada más; pero tengo buen deseo y quiero aprender.

Una sonrisa asomó a los labios del farmacéutico, pero observando que el joven, que esta vez se presentaba con el nombre de José, demostraba una inteligencia notable y un celo extraordinario, le recibió en seguida. Después de cumplir todos sus quehaceres, estudiaba durante casi toda la noche, y aun tenía tiempo para dar lecciones gratuitas a los niños pobres. Estas eran ahora sus limosnas, pues empleaba en su propia instrucción el dinero que ganaba. No hacía mucho tiempo que estaba allí, cuando se celebró en el país una gran fiesta. La nueva Emperatriz había dado a su esposo un hijo, que llamaron Alberto, que debía reemplazar al hijo mayor que había desaparecido. Manuel sonrió melancólicamente.

—Nadie se acuerda ya de mí—pensó; y se dedicó con más ardor al estudio—. Un buen médico tiene su mérito; dejemos, pues, que mi hermano sea Emperador.

No tardaron en ser recompensados sus esfuerzos sobrehumanos, ayudándole mucho el talento natural que heredó de su madre, y aun cuando todavía no había terminado sus estudios, ya se había hecho famoso y le llamaban de todas partes.

No dejaba de pensar en Guillermina, y sentía el más vivo deseo de volverla a ver, íntimamente convencido de que la encontraría tan pronto como fuera digno de ella.

Sin embargo, su amor por la ciencia era más fuerte que todos los demás sentimientos, y por primera vez en su vida no pensaba solamente en servir a su prójimo, sino que quería hacer algo para sí mismo. Sus facciones eran finas y demacradas por la tensión continua de su espíritu, habiéndose tornado sus ojos sombríos y hundidos por las continuas vigilias. Era tan amado como lo había sido el Manuel de otras veces, y bastaba pronunciar el nombre del doctor José para ver resplandecer todas las miradas y alegrarse con un rayo de esperanza los corazones entristecidos.

Por aquella época el Príncipe Alberto, heredero del trono, cayó

—¿Puedo yo entrar como ayudante en esta casa? Conozco las plantas y sé cultivarlas, nada más; pero tengo buen deseo y quiero aprender.

tan peligrosamente enfermo, que todo el mundo desesperaba de su curación; pero la Emperatriz había oído hablar del joven médico, a quien los niños amaban tanto, y le envió a buscar.

Palpitándole fuertemente el corazón entró Manuel en el castillo paternal, donde cada sitio le recordaba su infancia, y del que se desterró él mismo en un instante de cólera y de insubordinación infantil. Su padre no le reconoció, y le siguió con la mirada inquieta cuando se acercó al lecho de su hermano moribundo. Le examinó con cuidado, y le dijo gravemente:

—Yo creo que podré curarle.

El rostro ordinariamente duro y altivo de la Emperatriz, rostro ante el cual temblaba hasta su mismo esposo, se inundó de lágrimas. Manuel permaneció día y noche a la cabecera del Príncipe, hasta que una noche el enfermo cayó en un sueño tranquilo y profundo. Suplicó entonces el joven a los padres que fueran a descansar, pues el peligro había pasado, y les prometió velar él solo. Así lo hicieron, y a media noche el enfermo se despertó, y rodeándole el cuello con los bracitos, le besó.

—Llámame Manuel—murmuró el doctor.

—¡Manuel!—dijo el niño con voz clara, muy dulcemente y con profunda ternura.

Poco después el niño se volvió a dormir. A la mañana siguiente estaba fuera de peligro, y los padres mostraban su agradecimiento al salvador de su hijo, negándose a dejarle marchar; pero el joven médico no se dejó ganar ni por las súplicas ni por las promesas, e insistió en alejarse.

La Emperatriz, que antes le hubiera estrechado entre sus brazos, se irritó por su partida, y le despidió bruscamente. Manuel pensó

entonces en ir a buscar a Guillèrmina y pedirla en matrimonio, creyendo al fin haberla merecido, e iba a hacerlo, cuando el solitario entró en su casa.

—¡Hijo mío!—le dijo con tembloroso acento—; ha sucedido una espantosa desgracia. Envié a Guillermina a la ciudad, para que se perfeccionara en las virtudes de la mujer, y acabo de saber ahora que quiere casarse con otro.

Manuel sintió que la sangre subía a su rostro como una nube roja que hubiera pasado por su vista.

—¡Y esa es tu solicitud paternal!—exclamó—. ¡Hoy que quería

yo recibir a Guillermina de tus manos, me sometes a una prueba más cruel que todas las otras, todo eso es una mentira, y creo que voy a volverme loco!

Y empujó al ermitaño, rechazándole lejos de sí. El pobre anciano vaciló, y fué a chocar su cabeza contra un ángulo agudo, saltándole la sangre en abundancia. Manuel, que no había pensado causarle tanto mal, asustado de lo que había hecho, cayó de rodillas a su lado, esforzándose por hacerle volver en sí. Al fin el anciano abrió los ojos, y moviendo los labios, dijo débilmente:

—¡Hijo ingrato!

Después cerró los ojos de nuevo, suspiró por última vez, y murió entre los brazos del joven, que cayó en la más horrible desesperación, y le llamó con los nombres más tiernos, rogándole que le perdonase; pero era demasiado tarde. ¡Todo lo había perdido en un momento! Padre, amigo y prometida, al propio tiempo que su corazón, inocente y alegre hasta entonces, estaba herido de muerte por su crimen. Poco después desapareció de la comarca, internándose en las soledades de la sierra; pero aun allí fué bien pronto reconocido, pues no pudo menos de curar a los corderos enfermos de los pastores, y como hiciera algunas curaciones portentosas, vinieron a buscarle desde muy lejos, considerándole como un profeta. No sabiendo su nombre, le llamaban *Omul* (el Hombre), y en cuanto había algún enfermo o desgraciado, corrían a buscarle. Se presentaba a ellos con la gravedad de un viejo de cien años; tanta pena le causó la irreparable acción que había cometido en su arrebato, que olvidándose de que era joven, sólo sentía la tristeza de su corazón.

Creyéndose indigno, perdió el recuerdo y la imagen de su madre, viviendo con su propio pesar, y haciendo todo el bien que podía. Era un hombre extraño, hacia el cual las miradas se elevaban con temor y respeto, y que rechazaba toda palabra de gratitud, pues siempre tenía en su mente estas frases: "Hijo ingrato", que veía salir de los labios de su único amigo.

El pequeño Alberto cayó de nuevo enfermo, pero el buen doctor José había desaparecido; y como el enfermo llamaba sin cesar "Manuel, Manuel", todos decían que iba a morir, porque llamaba a su hermano muerto, a quien no había visto jamás. El niño murió,

en efecto, en muy pocos días, y su padre, de pesar, poco después. El pueblo estaba en la más grande desolación por no tener Emperador.

Entonces se extendió una noticia sorprendente.

"Manuel vive", se repetía de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad. Se ignoraba quién había lanzado esta especie; pero se vió recorrer el país a una maravillosa joven acompañada de un anciano, que repetían por todas partes la noticia.

Por todas partes hablaban de Manuel y le buscaban; llegaron a la Sierra, y los pastores mostraron el camino que conducía a *Omul* (el Hombre). Allí estaba sentado con la cabeza apoyada en su mano y mirando melancólicamente ante él. Permanecieron allí largo tiempo contemplándole, hasta que levantó los ojos, y exclamó:

—¡Guillermina! ¡Antonio! ¡Vosotros aquí! ¿Qué queréis de mí?

—¡Nuestro Emperador!—exclamó Antonio arrojándose a sus pies—. ¡Ah, señor! ¿Cuándo podréis perdonarme mi ingratitud?

Manuel se estremeció, diciendo:

—¡Yo perdonar! Dios quiera perdonarme a mí. Pero tú, Guillermina, ¿dónde está tu marido?

Y una amarga sonrisa contrajo sus labios.

—No me he casado—respondió la joven—; he permanecido siempre fiel a ti, y te he buscado por todo el país donde vas a reinar, pues tu padre y tu hermano han muerto.

Manuel se levantó, y tuvo que apoyarse en una roca.

—Guillermina—dijo—, yo no soy digno de ti; soy el asesino de nuestro padre.

—Ya sé esto hace mucho tiempo; él me lo ha dicho en sueños, y también me ha dicho que era un muerto resucitado por permisión divina, pues hacía tiempo que Dios le había llamado al otro mundo, y que la revelación que te hizo sobre mí, y su misma muerte, sirvieron para enseñarte a tener resignación y a huir de los arrebatos de cólera.

—¿Y vienes a buscarme?

Manuel quiso ocultar el rostro entre las manos; pero la joven se lo impidió, arrojándose en sus brazos. Entonces resonaron de todas partes los gritos entusiastas de "¡Viva el Emperador! ¡Viva

el padre de los pobres, el protector de los débiles, el salvador de todas las miserias! ¡Viva el Emperador!" Y de repente, todos aquellos a quienes había hecho bien, le rodearon, le besaron las manos, los vestidos y los pies, llamándole Manuel, José, doctor y Emperador; todo a la vez.

El joven estaba aturdido con todo este ruido, y miraba a Guillermina, que le saludaba también. La tomó de la mano, y dijo presentándola:

—Aquí tenéis a vuestra Emperatriz, la más fiel de las mujeres; sin ella, no me hubierais encontrado jamás.

La muchedumbre, que aumentaba sin cesar, cubriendo los campos, le llevó hasta su palacio, contándose entre sí los beneficios que había hecho, beneficios cuya parte había él olvidado hacía tiempo.

Antonio volvió a su servicio, e hizo también buscar a todos los que fueron despedidos por causa suya. Guillermina vivió dichosa a su lado, y trató de borrar la amargura que él sentía cuando pensaba en la única hora mala de su vida.

Tuvieron muchos y muy hermosos hijos, y al fin sucumbió aquella generación, que fué reemplazada por otra que, a su vez ha desaparecido también; pero la montaña ha conservado el nombre de *Omul* (el Hombre).

AVENTURAS DEL BARÓN DE LA CASTAÑA

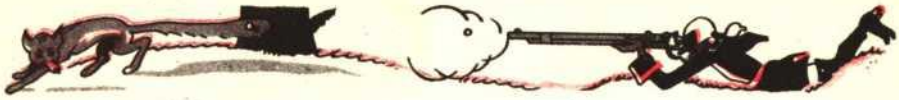
Sin reflexionar mucho tomé mis pistolas, y apuntando a las riendas, las rompí, con lo que mi caballo cayó...

AVENTURAS DEL BARÓN DE LA CASTAÑA

PRIMERA PARTE

Aventuras por tierra.

DOMINADO por el irresistible deseo de conocerlo todo, y sin reparar en peligros, marché a Rusia en el rigor del invierno, calculando que las heladas y las nieves habrían mejorado, sin necesidad de que los Gobiernos hiciesen gastos, los caminos de las regiones del Norte de Alemania, de Polonia, de Kur y de Livlandia, que, según refieren todos los viajeros, son casi peores que los caminos que llevan al templo de la virtud. Aun no se habían inventado más medios de locomoción que la silla de postas. Iba a caballo, que es la manera más segura de viajar, estando en buenas condiciones caballo y caballero, por que ni se expone uno a tener un lan-



ce con algún mayoral grosero, ni a verse en el caso de detenerse en todas las ventas, esperando que el postillón apague su sed, y no precisamente con agua. Iba muy abrigado, y, sin embargo, sentía cada vez más frío a medida que avanzaba hacia el Nordeste.

Fácil es suponer en qué estado se encontraría un pobre viejo que me encontré abandonado y tiritando en medio de un campo solitario de Polonia, donde soplaba el viento Nordeste como un cuchillo, y que apenas tenía con qué cubrir sus carnes.

Compadecido del infeliz, y a pesar de que también me estaba helando, le eché encima mi abrigo de pieles. De repente oí la voz del viejo, que me decía:

—¡Que me lleven los diablos, hijo mío; valiente primada has hecho! ¡Este gabán tiene sus doscientas pesetas de empeño!

Disgustado seguí mi camino, hasta que la noche y la oscuridad me obligaron a detenerme. No se divisaban señales que indicaran la proximidad de alguna población. Todo estaba tan cubierto de nieve, que ni sabía siquiera adónde podría dirigirme.

Cansado de caminar me apeé del caballo y lo até a una especie

de estaca que sobresalía de la nieve. Para mayor seguridad, saqué mis pistolas, me eché en la nieve, y quedé tan profundamente dormido, que no me desperté hasta muy entrado el día. ¡Pero cuál fué mi sorpresa cuando al despertar me vi en medio de la plaza mayor de un pueblo! Mi caballo había desaparecido; pero a poco rato lo oí relinchar en lo alto. Alcé la cabeza, y vi que estaba atado a la veleta del campanario de la iglesia de la que estaba colgando, y que estaba a 200 pies de altura. Pronto comprendí lo ocurrido.

Durante la noche la nieve había cubierto el pueblo, y luego, cambiando la temperatura se derritió la nieve, y yo, dormido, había ido bajando suavemente; lo que en la oscuridad había tomado por tronco de un arbolito que sobresalía de la nieve, y a que había atado mi caballo, era nada menos que la cruz o veleta del campanario de la iglesia.

Sin reflexionar mucho tomé mis pistolas, y apuntando a las riendas, las rompí, con lo que mi caballo cayó; le recibí en brazos para que no se hiciera daño al caer, y seguí mi viaje.

Ya no me ocurrió nada de particular hasta que llegué a Rusia,

en donde no está muy de moda el viajar a caballo en invierno. Siguiendo mi eterna máxima de adoptar siempre las costumbres del país en que vivo, con lo que no me va mal, tomé allí un pequeño trineo de un solo caballo y seguí alegremente el camino hacia San Petersburgo.

No me acuerdo bien si fué en Exthlandia o Ingermanlandia; pero sí recuerdo que en un bosque muy extenso me persiguió un espantoso lobo con toda la velocidad que puede prestar el hambre más voraz.

Pronto me alcanzó, y no pude escaparme. Maquinalmente me eché a lo largo en el fondo del trineo, y dejé obrar al caballo para bien suyo y mío. Pronto sucedió lo que yo me temía. El lobo, sin ocuparse de mi pobre persona, saltó por encima de mí, atacó furiosamente al caballo y devoró con espantosos bocados las ancas del pobre animal, que, espantado y dolorido, apretaba aún más los pasos.

Habiendo de esta manera escapado por el pronto del peligro, alcé poco a poco la cabeza y vi con espanto que el lobo, devorando al caballo, se iba metiendo en el cuerpo de éste. Apenas le vi encerrado de esta manera, empecé a darle terribles latigazos.

Semejante ataque, inesperado en aquella funda, le causó un susto muy grande; con todas sus fuerzas trató de escapar hacia adelante; el cadáver del caballo cayó a tierra, y en su lugar quedó enganchado el espantoso lobo. Yo por mi parte no dejaba de darle latigazos, y contra todas nuestras respectivas esperanzas, llegamos a galope buenos y sanos a San Petersburgo, donde nos vieron llegar con bastante sorpresa.

Señores, no quiero aburrir a ustedes hablándoles de la forma de gobierno, de las ciencias y artes, y de otras curiosidades de la espléndida capital de Rusia, y mucho menos los entretendré contándoles las intrigas y las aventuras de las gentes del gran mundo. Me ocuparé de cosas más grandes y más dignas de atención, como los caballos y los perros, a los que siempre he sido muy aficionado; también hablaré de zorros, lobos y osos, que abundan en Rusia más que en ningún otro país de la tierra, y finalmente, de aquellas aventuras y ejercicios caballerescos, que a mi juicio sientan más bien al caballero que no un poco de griego o de latín, y que todos los perfumes y potingues de los peluqueros franceses.

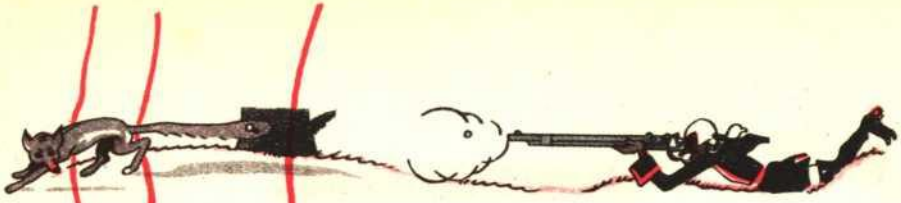
Pasó algún tiempo antes que me colocasen en el ejército, y entonces tuve unos cuantos meses a mi disposición para gastar mi dinero de la manera más aristocrática del mundo.

Más de una noche la pasé jugando y bebiendo en compañía de alegres amigos. Por el frío del país y las costumbres de la nación, la botella tiene en Rusia un puesto mucho más alto que en nuestra España, más sobria de lo que comúnmente se cree.

He conocido en Rusia personas que podían verdaderamente pasar por maestros en el arte de beber. Pero todos eran aprendices comparados con un viejo general que comía con nosotros en la mesa redonda del hotel. Este anciano, a quien faltaba la parte superior del cráneo, que perdió en una batalla contra los turcos, siempre que llegaba algún desconocido se excusaba con la mayor franqueza, advirtiendo que no se podía quitar el sombrero; durante la comida solía beberse unas cuantas botellas de aguardiente, tomando, por último, una botella o dos de Kummel, y no se emborrachaba nunca.

El caso les parecerá a ustedes inexplicable. Están ustedes disculpados, señores míos, porque yo tampoco le comprendía.

Mucho tiempo estuve sin podérmelo explicar, hasta que un día, por casualidad, encontré la clave del enigma.



El general solía levantarse el sombrero de cuando en cuando; muchas veces lo noté, sin dar importancia al hecho. Que sintiese calor y que levantase entonces el sombrero, no tenía nada de particular. Pero un día observé que al mismo tiempo de alzarlo levantaba también una chapa de plata que estaba unida al mismo sombrero, sirviéndole de cráneo, y que subía siempre una ligera nube: era el vapor de las bebidas espirituosas que había tomado. Comprendí el todo. Entonces le conté el caso a unos cuantos buenos amigos, y ofrecí probarles al instante lo que sostenía, pues íbamos a comer precisamente. Me coloqué con mi pipa detrás del general, y en el momento en que éste alzó el sombrero, acerqué un papelito encendido a los vapores que subían, y vimos un espectáculo tan nuevo como espléndido. En un instante, el vapor que salía de la cabeza de nuestro héroe se convirtió en columna de fuego, y aquella parte de los vapores que se había quedado entre la pelusa del sombrero formaba una especie de aureola azulada, a modo del nimbo que rodea las cabezas de los santos.

Pronto se dió cuenta el general de mi experimento, pero lejos de incomodarse, nos permitió, al contrario, repetir aún varias veces aquel ensayo, que daba a su persona aspecto tan sublime.

Paso por alto más de una broma alegre que tuvimos en parecidas ocasiones, porque pienso hablarles de muchas cacerías que les parecerán más notables y más divertidas. Comprenderán ustedes, caballeros, que yo busco siempre la compañía de cazadores extraordinarios. Aun conservo los recuerdos más gratos de aquel entretenimiento, y de la suerte increíble que tenía a cada tiro que disparaba.

Cierta mañana vi desde la ventana de mi dormitorio un estanque grande que estaba a alguna distancia, cubierto de ánades silvestres. A escape cogí la escopeta de un rincón, y bajé tan de prisa la escalera, que tropecé, y perdiendo el equilibrio me di con tal fuerza con la cabeza contra una puerta, que los ojos me echaron chispas. Llegué al estanque, y cuando iba a apuntar, observé que con aquel golpe violento que acababa de darme había saltado la piedra del gatillo. ¿Qué hacer? Porque no había que perder un solo instante. Felizmente me acordé de lo que me acababa de pasar con los ojos. Abrí la cazoleta, apunté a las aves silvestres, y dándome un formidable puñetazo en un ojo, salieron chispas bastantes, prendieron, y maté cinco pares de patos de un solo tiro. La serenidad es el alma de los actos heroicos. Si soldados y marinos se salvan muchas veces merced a ella, el cazador también le debe su suerte en no pocas ocasiones.

Otro día vi sobre otro lago unas cuantas docenas de patos silvestres, pero estaban demasiado separados unos de otros para que los hubiese podido cazar de un tiro; y por desdicha no tenía material más que para uno solo. Sin embargo, los hubiera querido cazar todos, porque pensaba convidar a mi mesa una porción de amigos de confianza.

Me acordé entonces de que llevaba en la alforja un pedazo de tocino. Lo até a un cordón largo bien untado de sebo, y, después de echarlo al agua, me escondí entre las cañas de la ribera y tuve el gusto de ver que uno de los ánades vino nadando y se lo tragó. Pronto vinieron los otros, y como aquel pedazo de tocino era tan escurridizo, sin digerirle, le salió en seguida al pato por detrás; se lo tragó otro, al que ocurrió lo mismo, y otro, y otro; en una palabra, el tocino viajó por todos los ánades, sin desprenderse del

cordón, de manera que estaban entrelazados todos como sarta de perlas. Les saqué a tierra entonces, y dando con el cordón dos o tres vueltas alrededor de mi cintura, me encaminé con ellos a casa.

Como estaba todavía a buena distancia de mi casa, y la cantidad de aquellas aves me pesaba bastante, me arrepentí casi de haber cogido tantas; cuando de repente los patos, que estaban vivos todavía, tendieron las alas y se levantaron en el aire conmigo. Cualquiera otra persona se hubiera visto en un compromiso y no habría sabido

qué hacer; pero yo me aproveché de esta circunstancia lo mejor posible, y bogué con los faldones de mi levita hacia casa. Al llegar allí, como el caso estaba en bajar sin lastimarme, les fuí retorciendo el pescuezo uno a uno, y de esta manera bajé poco a poco, precisamente por la chimenea de mi casa, y llegué a parar en medio del fogón; gracias a Dios, el cocinero, que se quedó atónito de susto y de sorpresa, aun no había encendido lumbre.

Una cosa parecida me sucedió un día con una hilera de gallinas. Había salido para probar una escopeta nueva, y había gastado ya todos los perdigones, cuando vi de repente una manada de gallinas.

El deseo de cenar unas cuantas me sugirió esta idea, que podrán ustedes aprovechar, señores, en caso de necesidad. Luego que vi dónde bajaban las gallinas, cargué mi escopeta, y en vez de perdigones metí la baqueta, que había afilado a toda prisa. Acercándome luego a las gallinas, disparé el tiro y tuve el placer de ver cómo mi baqueta bajaba poco a poco con siete gallinas que había atravesado de una vez por los pescuezos. La verdad, en este mundo hay que saber nadar sin vejigas.

Otra vez di con un hermosísimo zorro negro en un bosque grande de Rusia. Hubiera sido una verdadera lástima estropear su preciosa piel agujerándola con bala o con perdigones. El zorro estaba junto a un árbol. Inmediatamente saqué la bala de mi escopeta y la cargué con un formidable clavo; disparé el tiro, y tuve tanta suerte, que atravesó la cola del zorro y lo dejó clavado al árbol. Luego, acercándome a él tranquilamente, saqué un cuchillo de caza, le corté la cola, la agarré y le sacudí con ella tantos latigazos que le dejé muerto.

La suerte y la casualidad corrigen a veces más de un descuido.

Pronto tuve ocasión de conocerlo. En medio de un espeso bosque vi un jabato y una jabalina corriendo una tras otro. Mi bala había errado la dirección. Sin embargo, el jabato siguió su camino, mientras la jabalina se paró, quedándose inmóvil, como clavada en el suelo. Al acercarme vi que era una jabalina ciega, y que tenía en la boca la punta del rabo de su jabato, dejándose guiar por él; mi bala había atravesado el rabo, dejando la punta en la boca de la jabalina, que, naturalmente, se había parado. Agarré entonces la punta del rabo, y sin trabajo y sin resistencia por su parte llevé a mi casa al viejo y torpe animal.

Por muy terribles que sean estas jabalinas, mucho más temibles y más peligrosos son los jabalíes. Un día me encontré con uno muy grande en un bosque; desgraciadamente, no estaba preparado para semejante ataque. A duras penas pude escapar y esconderme detrás de un árbol, en el momento en que la bestia feroz me iba a atacar. Pero erró el golpe, y con todas sus fuerzas clavó sus colmillos en el tronco del árbol, sin poder sacarlos a pesar de sus esfuerzos.

—¡Bravo!—pensé—. ¡Pronto será mío!

Corriendo cogí una piedra, y le remaché los colmillos de tal modo en el tronco, que no había cuidado que se escapase.

Tuvo, pues, el animalito que tener paciencia hasta que trajese del pueblo vecino sogas y carro, para poderle llevar a mi casa bueno y sano, lo que conseguí perfectamente.

Permítanme ustedes que les cuente otro caso que vi con mis propios ojos. Un día que ya había gastado todos mis perdigones, me encontré con el ciervo más arrogante del mundo. Este se quedó mirándome con cierta ironía, como si supiera perfectamente que mi bolsa estaba vacía. Pero inmediatamente cargué mi escopeta con pólvora y un puñado de huesos de cerezas, y apuntando a su frente, le di en medio de las dos astas. El animal, atontado, vaciló; sin embargo, logró escaparse. Un año o dos después iba cazando en el mismo bosque, y de repente veo ante mi vista un hermosísimo ciervo que llevaba entre sus astas un formidable cerezo de más de diez pies de altura. Recordé al instante mi aventura anterior, y con un solo tiro maté al ciervo, adquiriendo al mismo tiempo asado

A duras penas pude escapar y esconderme detrás de un árbol, en el momento en que la bestia feroz me iba a atacar.

y cerezas para cinco o seis años, tan buenas, que no las había probado mejores en mi vida. En caso de necesidad, el cazador prueba todos los medios antes de dejar escapar una buena ocasión.

¿Qué les parece a ustedes el siguiente caso?

La pólvora y la luz del día se me acabaron una vez en un bosque de Polonia. Al volverme a casa fuí atacado por un tremendo oso, dispuesto a devorarme. En vano registré a toda prisa mis bolsillos, buscando pólvora y perdigones. Sólo encontré dos piedras de chispa, de las que se suelen llevar para un caso de necesidad. Cogí una de estas piedras y la arrojé con todas mis fuerzas a la boca del monstruo. Al recibir el golpe, el oso dió la vuelta, de modo que pude arrojar la otra por la puerta trasera del animal. Todo salió a las mil maravillas. La piedra, no sólo entró, sino chocó también con la otra, con tal fuerza que se encendieron, y con tremendo estrépito partieron por la mitad al oso. Dicen que una piedra, también aplicada por la parte posterior, sobre todo cuando ha chocado con otra arrojada por la anterior, ha hecho saltar a más de un sabio filósofo.

Aunque escapé bien aquella vez, no quisiera repetir la hazaña ni encontrarme con ningún oso sin tener otra cosa que piedras de chispa.

Hubiérase dicho que era mi destino ser atacado por las bestias más peligrosas, precisamente en los momentos en que estaba sin defensa, como si por instinto lo hubiesen comprendido. Un día en que hacía un frío extraordinario acababa de quitar la piedra de la escopeta para afilarla un poco, cuando de repente oí gruñir un tremendo oso a mi lado. Lo único que pude hacer fué refugiarme en un árbol, para apercibirme allí a la defensa. Desgraciadamente, al subir se me cayó el cuchillo de la mano, quedándome sin nada para apretar el tornillo. Al pie del árbol estaba el oso, y cada minuto esperaba que me siguiese.

No quise apelar al medio de sacarme fuego de los ojos, como lo había hecho en otra ocasión, porque aquella operación me había causado una irritación a la vista, que aun no se me había curado. Con ansia miraba el cuchillo que sobresalía de la nieve; pero aun las miradas más vehementes no cambiaban nada mi peligrosa situación. Por fin tuve una ocurrencia tan extravagante como feliz.

Vacié completamente mi cantimplora de agua, precisamente en el sitio donde estaba mi cuchillo. El intenso frío que hacía heló el líquido inmediatamente, y en pocos momentos formó encima de mi cuchillo una cantidad de hielo que llegaba hasta las ramas del árbol. Agarrando entonces aquel tronco de hielo cogí el cuchillo con mucha facilidad, pero no con menos precaución. Apenas hube atornillado la piedra, cuando el oso empezó a trepar por el árbol. Verdaderamente, pensaba yo, es preciso ser listo como un oso para esperar con tanto acierto, y recibí a nuestro gruñón con un saludo de perdigones tan cordial y expresivo, que se le quitó para siempre la gana de subir a los árboles.

Otro día un lobo terrible me atacó tan inesperadamente, que no hice más que meterle instintivamente mi puño por la boca. Para mayor seguridad mía, le iba empujando más y más, hasta que metí mi brazo casi hasta el hombro, con lo cual el lobo estaba atragantado. Pero ¿qué hacer entonces?

No puedo decir que me encontraba a gusto precisamente en esta situación. ¡Frente a frente con un lobo! Si hubiese retirado el brazo, la bestia se hubiera lanzado furiosa sobre mí; esa buena intención se veía claramente en sus ojos llameantes. Entonces tomé una resolución heroica; con la mano que tenía libre le repleguè hacia atrás violentamente el hocico, y con la otra le agarré de las tripas, le volví enteramente al revés como a un calcetín, le arrojé al suelo y le dejé allí.

No me atreví a repetir esta operación con un perro ra-

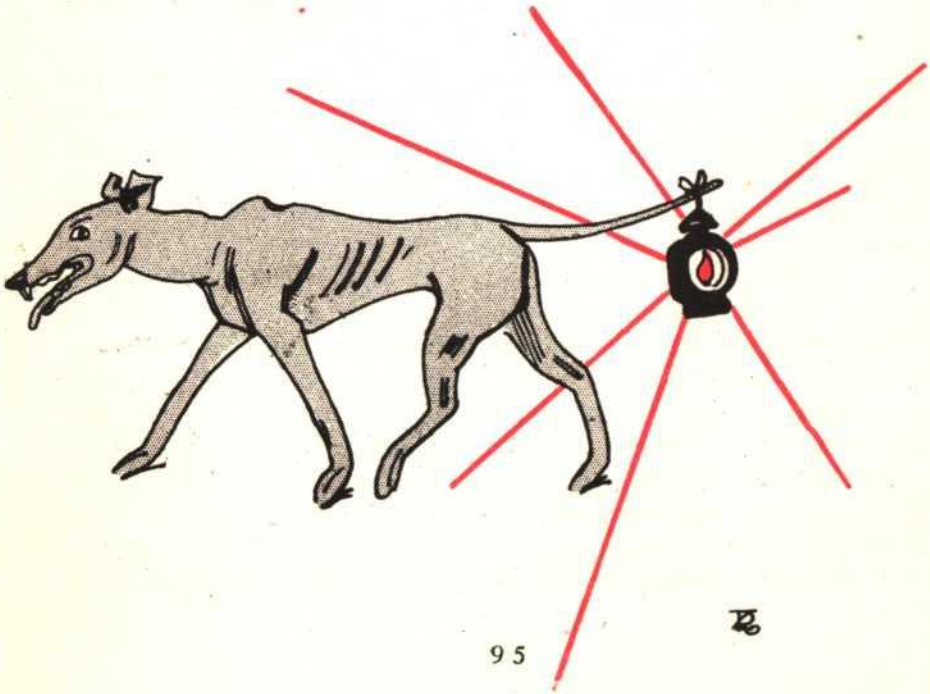
bioso que poco después, en un callejón de San Petersburgo, vi llegar furioso hacia mí. Echar a correr fué mi primer pensamiento. Para poder correr más ligero, tiré mi gabán y me refugié a toda prisa en mi casa. Luego envié a mi criado por el gabán y le mandé colgarlo con mi ropa en el armario. Al día siguiente pasé un susto regular con los gritos que daba el criado: "¡Dios mío, señor barón; su gabán está rabioso!" Subí inmediatamente y encontré toda mi ropa por el suelo y en mil pedazos. El muchacho tenía razón; el gabán estaba rabioso. Llegué precisamente en el momento en que se echaba sobre un traje de etiqueta completamente nuevo, mordiéndolo y despedazándolo de la manera más cruel del mundo. Entonces le prendí fuego.

En todas estas ocasiones, en las que por cierto logré escaparme siempre, pero a duras penas, me ayudaba la casualidad, acompañada de valor y de serenidad por mi parte.

En esto estriba principalmente la suerte del cazador, del marino y del soldado. Sin embargo, el que quisiera confiar tan sólo en la casualidad o en su buena estrella, sería cazador, almirante o gene-

ral muy imprudente y digno de reprensión. Este defecto no se me ha podido reprochar nunca, porque siempre procuraba estar provisto de aquellos utensilios que aseguran el buen éxito. Siempre han tenido fama mis caballos, mis perros y mis escopetas. No quiero hablarles detalladamente de estas cosas; pero dos de mis perros se distinguieron de tal modo en mi servicio, que no los podré olvidar nunca. Uno de ellos, perdiguero, era tan listo, que todo el que lo veía me lo envidiaba. Día y noche me servía; al oscurecer le colgaba una linterna en el rabo, y de esta manera cazaba tan bien o mejor que de día.

Un día (poco después de haberme casado) mi mujer manifestó deseos de ir de cacería; yo iba delante a caballo, y al poco rato vi a mi perro detrás de una fila de unas cuantas centenas de gallinas. Yo esperaba a mi mujer, que me había seguido con mi ayudante y mi mozo de caballos, pero en balde; no veía ni oía a nadie. Por fin me impacienté, y volviendo la mitad del camino, oí gritos lastimosos que me parecieron venir de bastante cerca, y, sin embargo, no se veía un alma.



Me bajé del caballo, y pegando el oído al suelo, no sólo oí que los gritos subían de debajo de la Tierra, sino que conocí claramente la voz de mi mujer, del ayudante y del mozo de caballos. Al mismo tiempo vi también junto adonde estaba la abertura de una mina de carbón de piedra, y no me quedó duda; mi pobre mujer y sus compañeros se habían caído a la mina. A galope me fuí al pueblo más cercano para llamar a los mineros; éstos, a fuerza de un largo y penoso trabajo, sacaron por fin a los desgraciados de un pozo de más de treinta metros de profundidad.

Primero sacaron al mozo, luego a su caballo, después al ayudante y a su caballo, luego a mi mujer, y, por último, a la jaca turca que montaba. Lo extraño fué que ninguno se había lastimado en esa caída tan enorme.

Como comprenderán ustedes, ya no había que pensar en continuar la cacería. Sin duda con la conversación habrán ustedes olvidado a mi perro, y no me tomarán a mal que yo tampoco me acordara ya de él.

Volvimos a casa, y a la mañana siguiente mis negocios me obligaron a emprender un viaje. Cuando volví, después de unos quince días de ausencia, eché de menos a mi *Diana*. Nadie se había ocupado de ella; mis criados habían creído que se había marchado conmigo, y para gran disgusto mío, no se la encontraba en ninguna parte. Por fin se me ocurrió que el perro estaría aún acaso con las gallinas. Lleno de miedo y de esperanza, fuí inmediatamente en busca de él, y efectivamente, mi perro estaba aún de muestra en el mismo sitio en que le había dejado hacía quince días.

—*¡Pum!* Disparé, y de un solo tiro maté veinticinco gallinas. Pero el pobre perro no podía apenas arrastrarse hasta donde yo estaba; tan débil estaba y muerto de hambre. Para poderle llevar a casa tuve que subirle a caballo conmigo, y pueden ustedes figurarse que me tomé esta molestia con mucho gusto. Al cabo de unos días, a fuerza de cuidarle con gran esmero, se restableció del todo y volvió a estar tan bueno y sano como antes, y unas semanas después, gracias a su naturaleza incansable, llegué a comprender un enigma, que si no hubiese sido por él, no hubiera adivinado nunca.

Había estado persiguiendo a una liebre dos días enteros. El perro

siempre me la traía de nuevo, pero no llegaba nunca a poder dispararla el tiro.

Nunca he creído yo en brujerías, porque he visto ya demasiadas cosas extraordinarias, que tendría que pensar que mi vida era magia pura; sin embargo, el caso me traía medio loco. Por fin la liebre pasó tan cerca de mí, que la pude alcanzar con mi escopeta y la maté. Y ¿qué fué lo que vi? Aquella liebre tenía cuatro patas en la barriga y cuatro en la espalda. Cuando se cansaba con unas, daba la vuelta como un nadador diestro que sabe nadar boca abajo y boca arriba, y corría con las otras. Así me dió tanto que hacer la maldita.

No he vuelto a encontrar a ninguna liebre de esta especie, y si no hubiese sido por mi perro, no habría conocido tampoco a ésta.

Tuve también una perra galga, que no sólo se distinguía por su finura, sino también por su ligereza extraordinaria. Si la hubieran ustedes visto, no se hubieran extrañado del cariño que la tenía y de que cazara tan a menudo con ella. Corría con tal ligereza, y tantos años había estado a mi servicio, que se le habían gastado las patas casi hasta la barriga.

Conservo también excelentes recuerdos de un caballo magnífico, que no se pagaba con todo el dinero del mundo. Lo obtuve por casualidad. Pasé un día convidado en la magnífica quinta del conde Pizoborosky, en Polonia, y después de comer, y mientras los caballeros se bajaron al patio para ver a un caballo de raza pura que acababan de traer, me quedé en el salón con las señoras. De repente oímos un grito.

Bajé corriendo la escalera y encontré al caballo tan indómito, que había derribado al desbravador y nadie se atrevía a montarlo. Los más atrevidos jinetes quedaron consternados y confundidos; miedo e inquietud se leía en todas las caras, cuando de un salto me monté en el potro, y gracias a mi habilidad logré domarle en pocos momentos. Para lucirme aún más delante de las señoras, obligué al potro a entrar conmigo en el salón por una de las ventanas. Aquí daba vueltas, ya al paso, ya al trote o al galope, y, por último, me subí con él a la mesa de te, donde mi potro hizo varias piruetas, con tanta habilidad, que no rompió ni mantel ni

tazas, dejando admiradas a las señoras. Este suceso me elevó tanto en la estimación de las señoras y del Conde, que con su usual cortesía me rogó aceptase el caballo como recuerdo suyo, y lo montase en la campaña contra los turcos que iba a emprenderse dentro de poco.

No me hubiera podido hacer el Conde regalo que más me agradase, ante todo, porque me prometía mucho bueno de una campaña en la que debía hacer mi primer ensayo militar. Un caballo tan dócil, tan lleno de ánimo y tan fogoso, cordero y bucéfalo al mismo tiempo, me recordaría constantemente los deberes de un soldado valiente y los hechos heroicos del joven Alejandro en campaña.

La modestia no permite a los subalternos atribuirse grandes acciones y victorias, cuya gloria se cita siempre, aunque muy injustamente, a cuenta de reyes y reinas, que no olfatean nunca otra pólvora que la de las revistas, y no ven otro ejército en orden de batalla sino en las paradas.

Por consiguiente, no tengo pretensiones a la gloria de las grandes batallas que tuvimos con nuestro enemigo. Todos cumplimos con nuestro deber; pero como yo estaba al frente de un escuadrón de húsares, hice varias expediciones en las que estaba entregado a mi propia discreción y valor, y creo, por lo tanto, que sin parecer jactancioso, puedo contar el éxito que tuvimos para hacer justicia a mis compañeros y a mí.

Un día que echamos a los turcos de Sebastopol, hubo grandes acontecimientos por vanguardia. Yo estaba de centinela a bastante distancia y vi al enemigo llegar a mí envuelto en una nube de polvo, que no me dejó formar idea de su verdadero número ni de la intención que traía.

Di orden a mis gentes de esparcirse a derecha e izquierda y levantar todo el polvo posible, mientras yo me iba derecho al enemigo para reconocerle más de cerca. Este, creyéndonos mucho más numerosos, emprendió la fuga. Era esta una ocasión magnífica de atacarlo valerosamente. Le dispersamos y derrotamos por completo, obligándole a retirarse al fuerte.

Por la extraordinaria ligereza de mi caballo, yo había sido el primero de los que seguimos al enemigo; y cuando vi que era imposible evitar que se encerrase en el fuerte, me paré en el mercado de la ciudad para reunir a mi tropa. Pero figúrense ustedes mi sorpresa: no veía ni trompeteros ni ninguno de mis húsares.

¿Si se habrán lanzado acaso por otras calles, o qué les habrá sucedido?, pensaba yo.

Sin embargo, no podían estar muy lejos, según mi opinión. Con esta esperanza llevé a mi caballo a la fuente del mercado, y le di de beber. Bebió bárbaramente hasta agotar el pilón; pero pronto me expliqué esa sed inapagable, porque, ¿qué creerán ustedes que vi al volver la cabeza? Toda la parte posterior, ancas y lomo, faltaban al pobre animal, y el agua le salía a chorros lo mismo que le entraba por la boca, sin refrescarle ni apagarle la sed.

No me podía explicar cómo le habría pasado esto, cuando vi llegar a mi mozo de caballos, que, dándome la enhorabuena, me contó lo siguiente:

Al lanzarme tras el enemigo, que huía, habían dejado caer de repente la compuerta, cortando a mi caballo en dos mitades: la parte posterior que quedó libre, después de causar gran desolación entre el enemigo, se había retirado en triunfo a un prado cercano, en donde la encontraría probablemente. Di la vuelta

al instante, y la mitad de caballo que me había quedado me llevó a galope al prado, donde encontré a la otra mitad, paseando con unos cuantos camaradas que la felicitaban dándole palmaditas en las ancas. Al ver que ambas mitades de mi caballo tenían vida, mandé llamar inmediatamente a nuestro albéitar, que, sin meditarlo mucho, juntó las dos partes con retoños de laurel, que tenía a mano precisamente. La herida se curó pronto, y sucedió luego lo que sólo puede pasar a un caballo tan heroico y lleno de gloria como el mío. Los retoños echaron raíces en su cuerpo, crecieron y formaron una especie de glorieta encima de mí, de manera que di luego más de un paseo a la sombra de mis laureles y de los de mi caballejo.

Otro día sitiábamos no sé qué ciudad, y el capitán general tenía particular interés en tener noticias exactas de cómo andaban las cosas en el fuerte. Parecía muy difícil, casi imposible, pasar por todas las centinelas y fortificaciones. Lleno de ánimo y deseoso de servir a los míos, me puse al lado de uno de los cañones más grandes que disparaban en aquel fuerte, y en el momento en que salió la bala, me agarré a ella con idea de hacerme llevar al fuerte.

En mitad del camino, en el aire, me decía:

—Entrar en el fuerte, entrarás; pero ¿cómo salir luego? ¿Y cómo te irá en el fuerte? Al instante te tomarán por espía y te llevarán a la horca. Y semejante honra no me hubiera sido muy grata.

Después de estas o parecidas reflexiones, me decidí pronto, y aprovechándome de una feliz ocasión, que traía una bala del fuerte a nuestro campamento, pasando junto a la mía, me lancé sobre ella, y volví a verme, bien es verdad que sin cumplir con lo que me había propuesto, sin novedad entre mis compañeros.

La misma habilidad y ligereza que yo tenía para saltar, las tenía también mi caballo. Un día, montándolo, seguía a una liebre que corría por el camino real. En el mismo instante pasaba un carruaje, con dos hermosas damas; por entre la liebre y mi caballo. Este, sin escrúpulo ninguno, pasó tan ligero por encima del carruaje, que tenía los cristales bajados, que no tuve tiempo siquiera para quitarme el sombrero y pedirles perdón a las damas por esta libertad.

Otro día me empeñé en saltar un pantano, que al principio no me había parecido tan ancho como cuando estaba en la mitad del

salto. Suspendido en el aire con mi caballo hice un violento esfuerzo y di la vuelta al sitio de donde había venido, para tomar la carrera desde más atrás. Sin embargo, aun no salté bastante, y cerca del borde me caí al fango hasta el cuello.

Aquí hubiera perecido seguramente, si, gracias a la fuerza de mi brazo, no me hubiese sacado por mi propia trenza, con caballo y todo.

A pesar de mi valor, de mi cordura y de la ligereza, agilidad y fuerza de mi caballo, en la guerra contra los turcos no me iba siempre tan bien como deseaba. Había ya llegado a ser coronel y mandaba un regimiento, cuando tuve la desgracia de que me cogieran preso; y peor aún, de que me vendieran como esclavo.

En ese estado de humillación, mi tarea, más que dura y amarga, era extraña y fastidiosa. Tenía que llevar a pacer a las abejas del sultán, cuidarlas todo el día, y por la noche llevarlas otra vez a sus colmenas. Una noche eché de menos una abeja; pero vi en seguida que dos osos la habían atacado, queriéndola despedazar para comerse su miel. Como no tenía otra arma a mano que el hacha de plata que llevan los jardineros y labradores del sultán, la lancé contra los dos ladrones, sólo con intención de espantarles de esta manera. Y, efectivamente, puse en libertad a la pobre abeja; pero había lanzado el hacha con tal vigor, que no paraba de subir, hasta que llegó a la Luna. ¿Cómo la recogería ahora? ¿Con qué escalera de la Tierra podría bajarla?

Recordé entonces que las habas turcas crecían hasta una altura sorprendente. Inmediatamente planté una, que creció tanto en pocos momentos, que se enredó en uno de los cuernos de la Luna. Entonces trepé tranquilamente hacia la Luna, donde llegué sin novedad. Encontrar ahora mi hacha de plata en un sitio en donde todas las demás cosas brillaban igualmente como plata, no era cosa fácil. Sin embargo, la hallé, por último, sobre un montón de paja.

Quise volver de nuevo, pero ¡ay! el Sol había consumido entre tanto el haba, de manera que era imposible bajarme por ella. ¿Qué hacer? Con la paja corta que había en la Luna tejí una soga muy larga, la até a uno de los cuernos de la Luna y me bajé por ella. Con la mano derecha me agarraba, mientras con la izquierda mane-

jaba el hacha. Cada vez que descendía, cortaba el pedazo sobrante que dejaba atrás, y le hacía un nudo con el último; de esta manera bajé un buen trozo del camino, pero con tanto cortarla y tantos nudos, la soga estaba ya en un estado lamentable.

Me encontraba aún en las nubes, a un par de leguas de la Tierra, cuando de repente se rompió mi soga y me caí con tal fuerza a tierra, que quedé completamente aturdido.

Con la caída desde una altura tan grande y con el peso de mi cuerpo, hice un agujero en la tierra lo menos de veintisiete varas de profundidad. Aunque al fin volví otra vez a recobrar mis sentidos, no sabía cómo subir. ¿Pero qué no inventa la necesidad? Con las uñas, que no me había cortado desde que estaba cautivo, cavé una especie de escalera, por la que logré subir a la luz del día.

Poco después los rusos hicieron la paz con los turcos, y con otros presos me entregaron de nuevo en San Petersburgo. Pero yo presenté mi renuncia y me marché de Rusia, porque los turcos, que admiraron mis excelentes disposiciones mientras me tuvieron prisionero, me habían ofrecido el empleo de General y el cargo de Ministro de la Guerra, con un sueldo enorme si consentía en pasar a su servicio. Antes, sin embargo, quise volver a dar un vistazo

a España. En aquellos tiempos, el invierno era tan crudo en todos los países de Europa, que sufrí mucho más a la vuelta a mi patria que a la ida a Rusia.

Como mi caballo había perecido en Turquía, tuve que viajar en diligencia.

Al llegar a un camino estrechísimo, entre zarzales muy altos, aconsejé al postillón que diese señales con su corneta para que en aquel camino tan estrecho no chocásemos con algún otro coche. El hombre sopló con violencia, pero todos los esfuerzos fueron vanos, no salía ni un solo sonido; parecía incomprensible, y, en efecto, fué una verdadera desdicha, puesto que al poco rato chocamos con otro carruaje, y era completamente imposible pasar adelante. Sin embargo, me bajé, y ante todo desenganché los caballos.

Luego, cargándome sobre los hombros el coche con las cuatro ruedas y con todo el equipaje, salté por encima del vallado de zarzas, a una altura de unas cinco varas, que era bastante regular, teniendo en cuenta el peso que llevaba, pero más vale maña que fuerza, y yo siempre he sido muy mañoso.

Pasado el otro carruaje, salté de nuevo al camino.

Luego volví corriendo a donde estaban nuestros caballos; cogí

uno debajo de cada brazo, y con el mismo experimento, dando los dos saltos, los traje al coche, y llegamos sin novedad a la venta de la estación. Allí, con una excelente cena y buen vino, entramos en calor.

El postillón colgó su corneta en la pared, al lado de la lumbre; yo me senté enfrente de él.

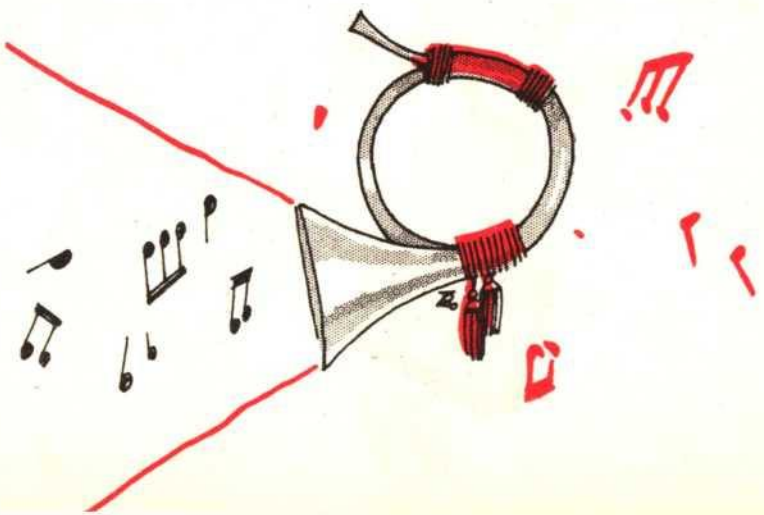
Entonces sucedió una cosa extraña. De repente oímos:

¡Tratarí! ¡tararí! ¡tratararí!

Y pronto comprendimos por qué el postillón no había podido tocar la corneta. Los sonidos se habían helado en la corneta, y salían ahora poco a poco, a medida que se deshelaban, claros y distintos, con mucha honra del postillón, porque el buen hombre nos entretuvo allí un rato bastante regular, tocando todas las canciones nacionales sin acercar la boca a la corneta.

Acabóse la velada entre estas deliciosas melodías acompañadas de buenas magras y buenos tragos de vino, así como termino yo aquí el cuento de mi viaje a Rusia.

Muchos viajeros, contando sus aventuras, acostumbran a exagerar un poco, por lo cual no me extraña, si lectores u oyentes se inclinan algo a la incredulidad. Pero si alguno dudase de mi veracidad, le compadezco de todo corazón y le rogaré que se marche antes que empiecen mis aventuras por mar, que, aunque casi más prodigiosas, sin embargo, son tanto o más verdaderas que las que acabo de referir.



AVENTURAS DEL BARÓN DE LA CASTAÑA

SEGUNDA PARTE

Aventuras por el mar.

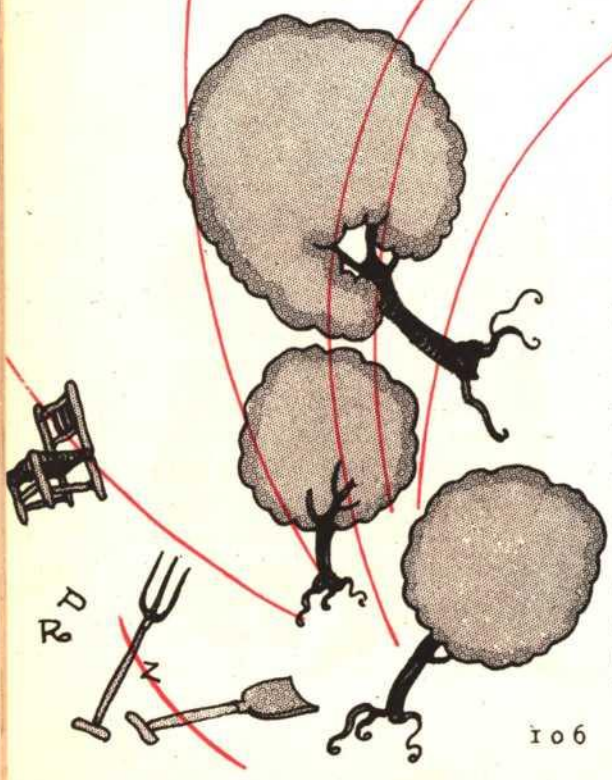
L primer viaje que hice en mi vida, poco antes del de Rusia de que acabo de dar idea, fué un viaje por mar.

Desde muy joven cifraba todas mis ilusiones en viajar. Como mi padre, que tenía un carácter muy parecido al mío, había pasado gran parte de su vida viajando, y luego nos entretenía muchas horas contando sus aventuras, mi inclinación era muy natural. En fin, aprovechaba todas las ocasiones que se me ofrecían para satisfacer ese deseo de ver el mundo, pero mi familia se oponía a que viajase.

Si alguna vez lograba convencer en algo a mi padre, mi madre

y mi tía decían que no decididamente, y en pocos instantes perdía lo que había ganado con tanta astucia y trabajo. Por fin, sucedió que uno de nuestros parientes por parte de madre vino a vernos. Me tomó cariño y pronto fuí su predilecto; muchas veces me decía que era muchacho guapo y despabilado, y que haría todo lo posible para que se cumpliese pronto mi deseo. Su elocuencia para con mi familia era más eficaz que la mía, y después de muchas conversaciones y disputas, convinieron en que yo le acompañaría en su viaje a Ceilán, donde su tío había sido Gobernador durante muchos años.

Salimos de Cádiz con comisiones importantísimas para la India. Excepto una borrasca muy grande, no tuvimos ninguna novedad durante el viaje. Hablaré de este huracán por las extrañas consecuencias que tuvo. Se levantó precisamente cuando estábamos anclados en una isla para proveernos de leña y de agua; y fué tal su violencia, que arrancó un gran número de árboles de enorme tamaño y los arrojó por el aire. A pesar de que algunos de esos árboles pesaban miles de arrobas, parecían en el aire plumitas de aves o pajitas; tan alto los había lanzado; por lo menos a dos leguas de la Tierra.



Sin embargo, al calmarse la borrasca, dió la casualidad, que no creo se pueda repetir muchas veces, de que cada árbol cayó de nuevo precisamente en su sitio, echando inmediatamente raíces, de manera que a poco casi no quedaban señales del desastre. Sólo el mayor de todos

fué una excepción. En el momento de ser arrancado estaba sentado un hombre con su mujer, que cogían pepinos, porque en aquella parte del mundo esa magnífica fruta se cría en árboles. Los infelices hicieron su viaje aéreo con una paciencia admirable. Pero por el peso extraño, el árbol fué desviado de su dirección. En el mismo momento el cacique del país, como la mayor parte de los indígenas de la isla, había salido de su casa temeroso de perecer enterrado en sus ruinas; volvió precisamente por su jardín cuando se le cayó el árbol encima, dejándole felizmente despachurrado en el acto.

—¿Felizmente?

Sí, digo felizmente, porque, señores, el cacique era el tirano más infame que imaginarse puede, y los habitantes de la isla, incluso sus favoritos, las criaturas más desgraciadas de la Tierra. En las despensas del tirano se pudrían los víveres, mientras que sus súbditos se morían de hambre.

En agradecimiento de los grandes servicios que aquel matrimonio había prestado al país, lo elevaron al trono vacante. Verdad es que esas buenas personas en su viaje aéreo se habían acercado tanto a la gran luz del mundo, que habían perdido la de sus ojos, y además una pequeña porción de su luz interior, es decir, que habían quedado ciegos y brutos; no obstante, gobernaron el país tan dignamente, que desde entonces en adelante no había nadie que comiera pepinos sin decir: "¡Dios conserve al cacique!"

Después que reparamos de nuevo las averías de nuestro buque, que no había sufrido poco en aquella borrasca y que nos despedimos del nuevo monarca y de su consorte, nos hicimos a la vela con viento favorable, y al cabo de seis semanas llegamos sin novedad a Ceilán.

Habrían pasado unos quince días desde nuestra llegada, cuando el hijo mayor del gobernador me propuso ir con él de cacería, lo que acepté con mucho gusto. Mi amigo era alto y fornido y acostumbrado al calor de aquel clima; pero yo me cansé tan pronto, que cuando llegamos al bosque me quedé atrás a gran distancia de él.

Estaba pensando en sentarme para descansar un poco a orillas de un espumoso torrente que me había llamado la atención por su profundidad y el espantoso ruido de sus aguas, cuando de pronto oí un ruido en el camino por donde acababa de pasar. Volví la cabeza y me quedé petrificado al ver un tremendo león que se lanzaba sobre mí, dándome a comprender que se dignaría desayunarse con mi pobre cadáver sin pedirme permiso. Mi escopeta sólo estaba cargada con perdigones pequeños. Ni el tiempo ni la turbación que me dominaba me permitían reflexionar mucho; sin embargo, resolví disparar el tiro, en la esperanza de asustar a la bestia o herirla quizá. Pero como en la angustia no esperé siquiera a que el león se pusiera a tiro, sólo conseguí enfurecerle más; de manera que se me echó encima con espantosa violencia. Más bien por instinto que por reflexión, intenté un imposible: huir. Me resolví a hacerlo, y todavía me estremezco de espanto al recordarlo; a pocos pasos de mí vi un cocodrilo horroroso, abriendo ya su espantosa boca para devorarme.

¡Figúrense ustedes aquella terrible situación! Detrás, el león; delante, el cocodrilo; a mi izquierda, el torrente, y a mi derecha, un abismo lleno de serpientes venenosas.

Aturdido, caí a tierra. El único pensamiento que mi alma aun podía concebir, fué el terror de sentir los dientes o las garras del furioso animal, o de encontrarme en la boca del cocodrilo. Pero a los pocos segundos oí un sonido fuerte y sumamente extraño, y atreviéndome por fin a alzar la cabeza, miré a mi alrededor y vi con inmensa alegría que el león se había lanzado a mí con tanto furor

en el instante en que me caí, que por encima de mí había saltado a la boca del cocodrilo, que se disponía a devorarme. Su cabeza estaba ahora en el tragadero de este monstruoso reptil, y ambos hacían mil esfuerzos para desprenderse el uno del otro. Felizmente me levanté a tiempo, saqué mi cuchillo y de un solo golpe corté la cabeza al león. Luego, con la escopeta, empujé su cabeza aún más dentro de la garganta del cocodrilo, que se ahogó miserablemente. Poco después de esta gloriosa victoria vino mi amigo para enterarse por qué me había quedado atrás.

Después de mutuas felicitaciones, medimos el cocodrilo, que tenía 20 metros de largo.

Cuando contamos al gobernador esta extraordinaria aventura, envió gente con un inmenso carro tirado por treinta y seis mulas para que le trajesen los dos animales. La piel del león era tan hermosa, que me valió tres mil duros, y con la del cocodrilo hubo para hacer petacas cinco o seis años.

Poco después me embarqué para la América del Norte, en un buque de guerra inglés de primer orden, con cien cañones y mil cuatrocientos tripulantes. Podía hablar aquí de muchas cosas que me sucedieron en Inglaterra, pero lo dejaré para otra ocasión. En cuanto a nuestro viaje por mar, nada de particular sucedió hasta que llegamos a unas trescientas leguas del río Mississipí. Aquí el buque chocó con gran violencia contra una cosa que nos pareció roca. Sin embargo, al echar la sonda de 4.000 metros no hallamos fondo. Lo más extraño del caso fué que perdimos el timón, el buque se partió en dos y todos los mástiles estallaron de arriba abajo.

Otra prueba de lo terrible del golpe fué que toda la gente de a bordo fué lanzada contra el techo. De esta manera, mi cabeza se bajó hasta el estómago, y tardó unos cuantos días en recobrar su postura natural. Aun estábamos todos desconcertados, cuando comprendimos lo que acababa de pasar por la aparición de una ballena enorme que tomaba el sol en la superficie del agua, y se había dormido. El monstruo estaba tan rabioso con lo que le habíamos incomodado, que cogió entre sus dientes el ancla mayor, que, como de costumbre, estaba asegurada al timón, y echó a correr con nuestro

buque, llevándolo a una distancia de sesenta leguas lo menos.

No se sabe adónde hubiéramos ido a parar, si el cabo del ancla no se hubiera roto felizmente, con lo cual la ballena perdió nuestro buque y nosotros nuestra ancla.

Cuando seis meses después partimos de nuevo para Europa, encontramos a la misma ballena, a pocas leguas del sitio donde nos había dejado, muerta encima del agua, y sin exagerar, tenía lo menos media legua de larga. Ya que no podíamos llevarla a bordo, nos acercamos a ella en pequeños botes, y cortándole la cabeza con mucho trabajo, encontramos, con gran satisfacción, no sólo nuestra ancla, sino también más de cien metros de cable, que tenía metidos en una muela picada. Este suceso fué el único notable de este viaje.

De vuelta a España, me vi un día en gran peligro de perecer en el Mediterráneo. Me estaba bañando una tarde de verano cerca de Valencia, en su agradable mar, cuando vi de pronto acercarse a mí, con rapidez increíble, un enorme tiburón con la boca abierta.

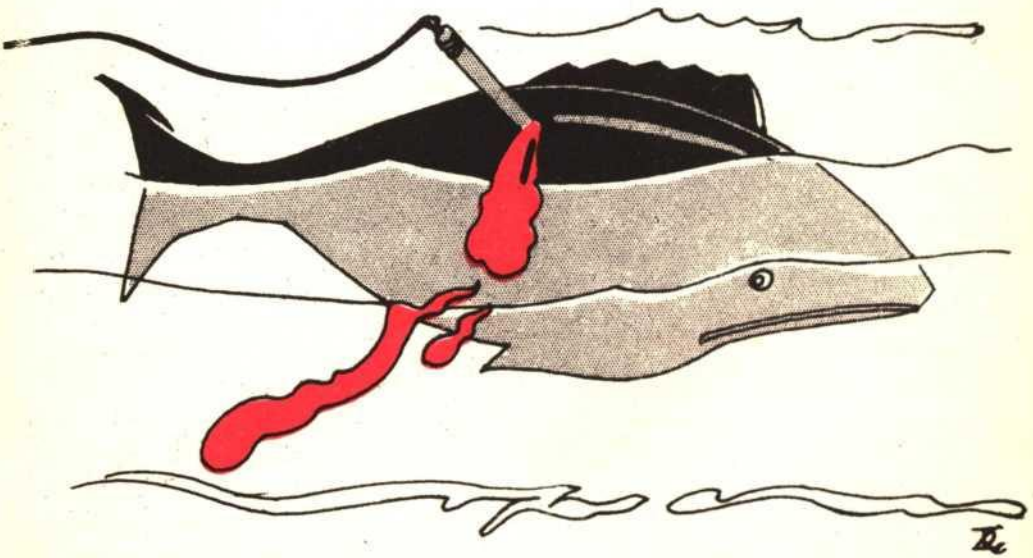
No había tiempo que perder, y escaparse era imposible. Yo inme-

diatamente encogí las piernas y pegué los brazos al cuerpo para reducir mi tamaño cuanto me fué posible. En esta postura me escurrí por entre sus dos mandíbulas directamente hasta el estómago. Allí pasé un gran rato, como ustedes pueden figurarse, en completa oscuridad; pero, sin embargo, con un calorcito no del todo desagradable.

Como mis movimientos le debían molestar en el estómago, supongo que gustoso se hubiera visto otra vez el tiburón libre de mí; y como no me faltaba espacio, me paseaba de un lado para otro con intención de fastidiarlo.

Nada parecía incomodarle tanto como el rápido movimiento de mis pies: cuando me puse a bailar una polka, lanzó gritos desgarradores, dando saltos hasta por cima del agua y haciendo horribles esfuerzos de vómito, de que yo me libraba agarrándome con fuerza a las paredes de su estómago.

De esta manera fué descubierto por la tripulación de un buque mercante italiano, y en pocos minutos le cogieron con arpones. Cuando lo tuvieron a bordo, oí cómo discutían de qué manera abrirlo para sacar la mayor cantidad de aceite.



Como entendía el italiano, tuve un miedo terrible de que el cuchillo pudiese llegar hasta mí y partirme en pedazos. Por lo tanto, me coloqué en el centro del estómago, donde había sitio sobrado para más de una docena de hombres, figurándome que empezarían por las extremidades. Pronto salí de mi angustia cuando vi que empezaban a abrirle por el vientre. En cuanto vi un rayo de luz, me puse a gritar con todas mis fuerzas.

Es imposible pintar el asombro que se leía en todos los semblantes, cuando oyeron una voz humana en el estómago de un tiburón, y poco después vieron salir un hombre desnudo. Les conté entonces todo el caso, así como se lo he contado a ustedes ahora, dejándolos a todos admirados.

Después de haber tomado algunos refrescos y de haberme lanzado al mar para lavarme, nadé hacia la orilla, donde había dejado mi ropa, que encontré en el mismo sitio.

Según lo que pude calcular, había estado unas tres horas y media encarcelado en el estómago de aquel monstruo.

Cuando después de mi campaña en Rusia entré al servicio de Turquía, salía muchas veces en lancha al mar de Mármara, donde disfrutaba de hermosísimas vistas. Constantinopla entera aparecía a mis ojos. Una mañana, al contemplar la hermosura y alegría del cielo, divisé en el aire una cosa redonda, del tamaño de una bola de billar. Cogí al instante mi escopeta, sin la cual no salgo nunca, la cargué con una bala, y apuntando aquel objeto, disparé, pero inútilmente; solté otro tiro con dos balas, pero no conseguí nada tampoco. Sólo al tercer tiro, con cuatro o cinco balas, le hice tal agujero en un lado, que cayó a tierra.

Figúrense ustedes mi sorpresa al ver un precioso cochecito dorado, colgado en un globo enorme, mayor que la cúpula más grande, que se bajaba a poca distancia de mi lancha. En el coche había un hombre y media oveja, que parecía asada. Mi gente y yo pronto formamos un círculo alrededor de aquel grupo.

El hombre, que parecía francés, y efectivamente lo era, tenía colgado de cada bolsillo un par de magníficas cadenas de reloj con grandes colgantes, sobre los que estaban pintados los retratos de varias damas y caballeros. De cada ojal le colgaba una medalla de

oro y brillantes del valor de unos cien duros, y en cada dedo tenía una preciosa sortija con brillantes. Sus bolsillos estaban también llenos de oro. ¡Dios mío!, pensaba yo, este hombre debe haber prestado a la Humanidad servicios muy grandes para que las damas y los caballeros, contra todas las costumbres de nuestros días, le hayan hecho tantos y tan hermosos regalos.

El buen señor se encontraba tan malo a consecuencia de la caída, que no podía pronunciar una palabra. Después de un rato, se repuso un poco, y nos hizo la siguiente relación:

"He tenido el talento necesario para inventar este carruaje aéreo; la osadía para montarlo y subirme en él más de una vez. Hace unos siete u ocho días, porque no he perdido la cuenta, me subí en él desde Londres, en Inglaterra, y llevé conmigo una oveja para hacer con ella juegos de habilidad desde lo alto, a la vista de muchos miles de espectadores. Desgraciadamente, cambió el viento unos diez minutos después de mi subida, y en vez de llevarme a Calais, donde pensaba bajarme otra vez, me llevó hacia el mar y estuve suspendido en el aire, encima del agua, a una altura inmensa.

"Di gracias a Dios por haberme subido la oveja, porque al tercer día de mi viaje aéreo fué tan grande el hambre que sentía, que me vi obligado a matar al animalito. Estaba entonces el globo mucho más alto que la Luna, y después de un viaje de diez y seis horas, logré por fin llegar tan cerca del Sol, que me quemó las cejas; entonces coloqué la oveja en el sitio del coche donde daba el Sol con más fuerza; en una palabra, adonde el globo no daba sombra ninguna, y al cabo de tres cuartos de hora estaba asada. Con este asado me he alimentado hasta hoy, pero con disgusto, porque no llevaba sal."

Aquí se paró el hombre, y parecía contemplar los objetos a su alrededor. Al decirle yo que aquellos edificios eran de Constantinopla, quedó asombrado, porque había creído encontrarse en otro país completamente desierto.

"La causa de mi largo viaje—añadió por último—fué que se me rompió un hilo, que, atado a una chapa del globo, servía para sacar el aire inflamable. Si no hubiesen roto el globo disparándole el tiro, acaso hubiera flotado entre el cielo y la Tierra, como Mahoma y como el historiador Garibay, hasta el día del Juicio."

Después de esto, me regaló el coche, que valía un dineral; el asado lo tiró al mar, y el globo, al caer, se desgarró en mil jirones.

Para terminar la relación de mis aventuras, contaré otro acontecimiento que sucedió pocos meses antes de mi última vuelta a Europa.

El gran Sultán, al que fuí presentado por los embajadores de España, Rusia y Francia, y que me había hecho su ministro, se servía de mí para tratar en El Cairo un negocio de suma importancia, y que al mismo tiempo debía quedar secreto eternamente.

Con mucha pompa y gran acompañamiento me marché por tierra. En el camino tuve ocasión de aumentar mi servidumbre con unos cuantos sujetos sumamente útiles. Apenas me había alejado un par de leguas de Constantinopla, vi llegar corriendo velocísimamente por el campo a un hombrecito muy delgado, y que, sin embargo, llevaba en cada pierna un peso de plomo de más de dos arrobas. Sorprendido, le llamé, diciéndole:

—¿Adónde se va tan de prisa, amigo? ¿Y por qué llevas estos pesos en las piernas?

—Hace media hora—respondió el corredor—salí de Viena, en donde estaba sirviendo hasta ahora; hoy me despedí. Pienso ir a Constantinopla a buscar servicio. Al atarme los pesos a las piernas, he querido disminuir mi velocidad, que no me hace falta ahora, porque ya estoy a la vista de la ciudad.

Me gustaba este mozo; le pregunté si quería entrar en mi servicio, y en seguida accedió al saber que había buena paga. Después de esto, seguimos nuestro viaje por diversas ciudades y países.

A poca distancia del camino, en un hermoso prado, estaba echado un hombre muy callado, como si estuviera dormido. Pero no lo estaba, sino que tenía el oído pegado al suelo, y estaba con tanta atención como si hubiese querido acechar a los habitantes de lo más retirado del infierno.

—¿Qué haces aquí, amigo mío?—le pregunté.

—Estoy escuchando a la hierba para pasar el rato, y la oigo crecer.

—¿Y tú oyes eso?

—¡Eso es una pequeñez!—me contestó.

... vi llegar corriendo velocísimamente por el campo a un hombrecito muy delgado, que llevaba en cada pierna un peso de plomo de más de dos arrobas.

—Entra, pues, a mi servicio, pues Dios sabe lo que habrá que escuchar alguna vez.

Y el amigo me siguió.

Al cabo de un rato vi a un cazador en una colina disparando tiros al aire.

—¡Eh, amigo! ¿A qué apuntas? Porque no veo más que el aire.

—Estoy probando mi nueva escopeta. En la cima de la torre de la Catedral de Toledo estaba sentado un gorrión, y le acabo de matar.

Al que conoce mi afición a la caza, no le extrañará que diese a este hombre un fuerte abrazo, y naturalmente, todo me parecía poco para convencerle a entrar a mi servicio.

Seguimos nuestro viaje por el Asia Menor, y pasamos luego por el monte Líbano. Aquí vimos, a la entrada de un bosque de cedros, a un hombre tieso y rechoncho tirando de una cuerda que rodeaba todo el bosque.

—¿Qué estás haciendo, amigo?—le pregunté.

—He venido por madera, y como se me ha olvidado el hacha, tengo que arreglarme como puedo.

Ante estas palabras, de una sola sacudida echó abajo el bosque entero, como si hubiera sido un cañaveral. Lo que hice se puede adivinar. No hubiera dejado que se me escapase este hombre, así me hubiera costado toda la paga de embajador.

Cuando, siguiendo nuestro camino, llegamos a tierra egipcia, se levantó un espantoso huracán que amenazaba llevarse mis carruajes, caballos y todo mi tren. A la izquierda del camino había siete molinos de viento en fila, cuyas aspas daban la vuelta con tanta rapidez como el huso de la hilandera más ligera. A poca distancia de allí, hacia la derecha, estaba un hombre gordísimo, que al vernos se quitó el gorro y nos saludó respetuosamente. Al mismo tiempo se pararon todos los molinos. Sorprendido, exclamé:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Estás endemoniado, o eres el mismo demonio?

—¡Perdón, excelentísimo señor!—me contestó el hombre—; estaba haciendo un poco de aire a mi amo el molinero, y para no echar abajo los siete molinos, tengo que taparme una de las ventanas de la nariz.

—¡Excelente sujeto!—dije yo—; me servirás algún día cuando vuelva a casa y me falte aliento para contar todas las maravillas que he visto.

Por lo tanto, nos arreglamos pronto. El hombre dejó sus molinos y me siguió.

Después que llegamos a El Cairo, y que cumplí mi misión, se me ocurrió despedir a todos mis criados, excepto a los sujetos más útiles, a quienes había contratado últimamente, para volver sólo acompañado de éstos.

Como hacía un tiempo hermosísimo, y el río Nilo estaba encantador, me dejé llevar de la tentación de alquilar un barco y de ir por agua hasta Alejandría.

Todo marchó divinamente hasta el tercer día.

Supongo que ya habrán ustedes oído que todos los años se sale de madre el Nilo.

Al tercer día empezó a crecer atrozmente, y al siguiente todo el país estaba inundado.

Al quinto, después de ponerse el sol, nuestro barco se enredó en una cosa que me parecieron arbustos y zarcillos.

Al echar la sonda, vimos que estábamos a una altura de 20 metros, y que no podíamos movernos ni hacia atrás ni hacia adelante.

A eso de las ocho o de las nueve, por lo que pude calcular por la luz del Sol, se levantó de repente un viento que volcó nuestro barco, y llenándose de agua se hundió rápidamente bajo las aguas.

Felizmente nos salvamos

todos, ocho hombres y dos muchachos, agarrándonos a los árboles, cuyas ramas no habían sido bastante fuertes para sostener el barco.

Durante tres días nos hallamos en esta situación, alimentándonos tan sólo de almejas.

A los veinte días de este naufragio, bajaba otra vez el agua con la misma rapidez con que había crecido, y a los veintiséis días pudimos poner el pie en tierra firme.

Nuestro barco fué el primer objeto agradable que encontramos, pero tan lleno de averías, que daba pena verle.

Después que dejamos secar al sol todo lo más preciso, y sacamos los objetos de valor, nos pusimos en marcha a buscar otra vez el camino perdido.

Al cabo de siete días llegamos al río, y contamos nuestras aventuras al Bey, que con la mayor solicitud atendió a nuestras necesidades, y nos dió uno de sus propios barcos.

Seis días después llegamos a Alejandría, en donde nos embarcamos para Constantinopla. El gran Sultán se dignó recibirme con suma amabilidad.

Durante el último sitio de Alejandría marché al frente de una flota con provisiones para aquel Arabi-Bey, que conquistó inolvidables laureles por su heroica defensa de aquella plaza. Calmada la primera alegría, el general me enseñó el fuerte, para que conociese el estado de la guarnición y las disposicionse del enemigo. Yo había traído de Londres un excelente telescopio, con cuya ayuda vi cómo el enemigo se preparaba a disparar un cañón de a treinta y seis contra el fuerte. Se lo dije a Arabi, y al mirar éste por el telescopio, confirmó mi suposición.

Con su autorización mandé traer inmediatamente de la batería más cercana un cañón de a cuarenta y ocho, y lo apunté con tanta exactitud, que estaba seguro del buen éxito.

Luego me puse a observar a los ingleses, y en el mismo instante en que dispararon su cañón di la orden a nuestra gente de hacer lo mismo. A eso de la mitad del camino, chocaron las dos balas con terrible fuerza: la del enemigo rebotó con tal violencia, que no sólo arrancó la cabeza al hombre que la había disparado, sino a sesenta más que se atravesaron en el camino en su vuelo hacia el Mediterráneo; pero antes atravesó el palo mayor de tres buques

que fondeaban en el puerto, y a unas doscientas leguas de allí cayó por fin en una casa de labradores, rompiendo a una pobre viejecita que estaba durmiendo con la boca abierta los pocos dientes que la quedaban, parando por último en la garganta de la pobre mujer. Cuando volvió su marido trató de sacarla la bala, y viendo que era imposible, con un martillazo se la hizo bajar hasta el estómago, de donde le salió por el camino natural.

Nuestra bala prestó excelentes servicios; no sólo rebotó a la otra, como acabo de narrar, sino continuando su camino, levantó de la cureña el mismo cañón que acababa de disparar contra nostros, y lo lanzó con tal violencia sobre la quilla de un buque, que lo atravesó: éste hizo agua y se hundió con mil marineros y un considerable número de soldados que se hallaban a bordo.

Arabi-Bey me ofreció un millón de pesetas por aquel gran servicio que le acababa de prestar; pero no acepté nada y me contenté con las gracias que me dió aquella misma noche estando reunidos todos los oficiales en la mesa.

Hace algún tiempo que he hablado a ustedes de un pequeño viaje a la Luna, que hice para buscar mi hacha de plata. Volví a hacer poco tiempo ha el mismo viaje, pero de una manera mucho más agradable, y me detuve allí bastante tiempo para enterarme de diferentes cosas, que les contaré con toda la exactitud que me lo permita mi memoria. A un pariente mío muy lejano se le había metido en la cabeza que a la fuerza debía existir una gente igual en estatura a la que Gulliver pretende haber encontrado en el reino de los liliputienses. En busca de eso hizo una expedición, rogándome que le acompañase. Yo, por mi parte, siempre había tomado aquella historia como un cuento ingenioso, y he creído en un reino de liliputienses como creo en la existencia de un *Eldorado*, pero este pariente me había instituído heredero, y por consiguiente no me podía negar a complacerle.

Llegamos con felicidad al mar del Sur, sin que se nos presentase ninguna novedad digna de ser referida, a excepción de un pequeño número de hombres y mujeres voladores, que bailaban la polka en el aire, y cosas por el estilo.

A los diez y ocho días de haber pasado la isla de Otahití, una

borrasca elevó nuestro barco a cerca de setenta mil leguas de la superficie del mar, y nos sostuvo en esta altura durante un largo rato, hasta que al fin, levantándose un fuerte viento, nos llevó adelante con rapidez increíble. Seis semanas habíamos bogado por cima de las nubes, cuando descubrimos un país muy grande, redondo y brillante, cual si fuese una isla resplandeciente. Luego entramos en un puerto cómodo, y registrando el país lo encontramos poblado.

Debajo de nosotros vimos con ayuda del telescopio otra tierra con ciudades, árboles, montañas, ríos, lagos, etc., que sería, como suponíamos, el mundo de donde habíamos salido.

En la Luna, porque esa era la isla en que habíamos tomado tierra, vimos una especie de monstruos montados en buitres que tenían tres cabezas cada uno. Para dar una idea de su tamaño, diré que la distancia de una punta de sus alas a la otra era tan larga como seis veces la dimensión más larga de nuestro barco.

De igual modo que nosotros sobre la Tierra montamos los caballos, los habitantes de la Luna vuelan de un lado para otro en estos pájaros.

El rey, que estaba por entonces en guerra contra el Sol, me ofreció una plaza de capitán general, pero yo me negué a aceptar la proposición honrosa que Su Majestad se dignó hacerme.

En aquel mundo, lejos de haber enanos, todo es de un tamaño extraordinariamente grande: una simple mosca, v. gr., abulta casi lo que una de nuestras ovejas.

Las más temibles armas de las que se sirven en la guerra los habitantes de la Luna, son una especie de rábanos, que se manejan como dardos, y matan instantáneamente al que hieren. Sus escudos se fabrican de setas, y cuando pasa el tiempo de los rábanos, se sustituyen con espárragos.

Aquí ví también algunos de los indígenas de la canícula; tienen la cara como perros de presa, y los ojos están colocados a los dos lados de la punta de la nariz, de manera que cuando miran parece que olfatean. No tienen párpados, y cuando quieren dormir se tapan los ojos con la lengua. Por lo general tienen una estatura de veinte pies, mientras los habitantes de la Luna ninguno tiene menos de treinta y seis.

El nombre que llevan los habitantes de nuestro satélite es algo extraño. No se llaman hombres, sino criaturas hervidas, porque se preparan a la lumbre lo mismo que nuestros alimentos.

En comer emplean muy poco tiempo, porque se limitan a abrir el lado izquierdo del cuerpo, y de una vez empujan toda la comida al estómago; luego cierran de nuevo, hasta que, pasado un mes, vuelva el mismo día. Por lo tanto, no hacen más que doce comidas en todo el año.

El matrimonio no se conoce en la Luna: lo mismo en las criaturas hervidas que en los demás animales, no hay más que un solo sexo, mejor dicho, no hay ninguno.

Todo crece en los árboles; según la diferente fruta que dan, se distinguen por su tamaño y la clase de sus hojas.

Los árboles que dan las criaturas hervidas, o los hombres, son mucho más hermosos que los demás; tienen grandes ramas y hojas de color de rosa; su fruta consiste en nueces, que tienen una cáscara muy dura, y la que menos mide seis pies de largo.

Cuando están maduras, que se nota por el cambio de color, se recogen con mucho cuidado y se guardan todo el tiempo que se quiere.

El día que se quieran sacar las semillas de estas nueces con vida, se echan en una caldera grande con agua hirviendo, y en pocas horas se abre la cáscara y sale la criatura. Antes de venir al mundo, la Naturaleza ha dado ya a cada uno su destino.

De una cáscara sale un soldado, de otra un filósofo, de una tercera un teólogo, de otra un abogado, de otra un arrendatario, de otra un labrador.

Cuando la gente de la Luna envejece, no se muere, sino se disuelve poco a poco en aire y se pierden como humo.

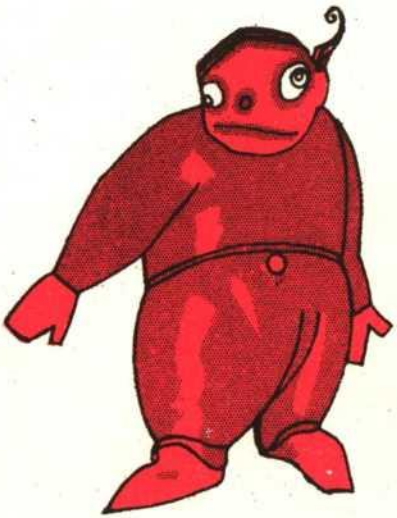
Allí no es necesario beber nunca, porque no hay más evacuación que la respiración.

Los hombres de la Luna tienen un dedo en cada mano, con el que pueden hacerlo todo tan bien o mejor que nosotros, que además del pulgar tenemos otros cuatro.

La cabeza la tienen debajo del brazo derecho, y cuando van de viaje o a un trabajo fuerte, la suelen dejar en casa, porque siempre la pueden consultar, por muy lejos que estén separados de ella. La gente distinguida en la Luna, cuando quiere saber lo que ocurre o lo que se dice entre la gente del pueblo, no va entre ella, sino se queda en casa, es decir, el cuerpo se queda allí, y sólo envía la cabeza, que va de incógnito, y vuelve luego con las noticias a su amo.

Las uvas son muy semejantes a nuestro granizo, y estoy convencidísimo que cuando algún aire hace caer las uvas en la Luna, caen sobre nuestra Tierra y graniza. Creo que esta observación mía la conocen también nuestros taberneros, porque más de una vez me han vendido vino que parecía hecho de granizo y sabía mucho peor que el vino de la Luna.

Por poco no se me olvida un hecho notable. El vientre presta a la gente en la Luna los mismos servicios de un talego: guardan allí todo lo que les hace falta, y lo abren y cierran a su gusto lo mismo que el estómago; no están cargados con intestinos, hígado y corazón, ni tampoco con vestidos, de modo que un sastre haría allí mal negocio.



Los ojos se los pueden sacar y poner a su antojo, y los llevan lo mismo en la cabeza que en la mano. Si por casualidad pierden uno o se lo lastiman, pueden comprar otro y usarlo tan bien como el

el propio. Por lo mismo se encuentran en la Luna en todas partes gente que comercie con ojos, y en eso los habitantes tienen sus caprichos, pues están de moda ya los ojos verdes, ya los amarillos, ya los azules o encarnados.

Confieso que estas cosas parecerán extrañas; pero el que tenga la menor duda puede ir en persona a la Luna a convencerse de que no he dicho una sola palabra de mentira.

INDICE

Páginas

Historia de Mohandú 7

El baúl maravilloso 25

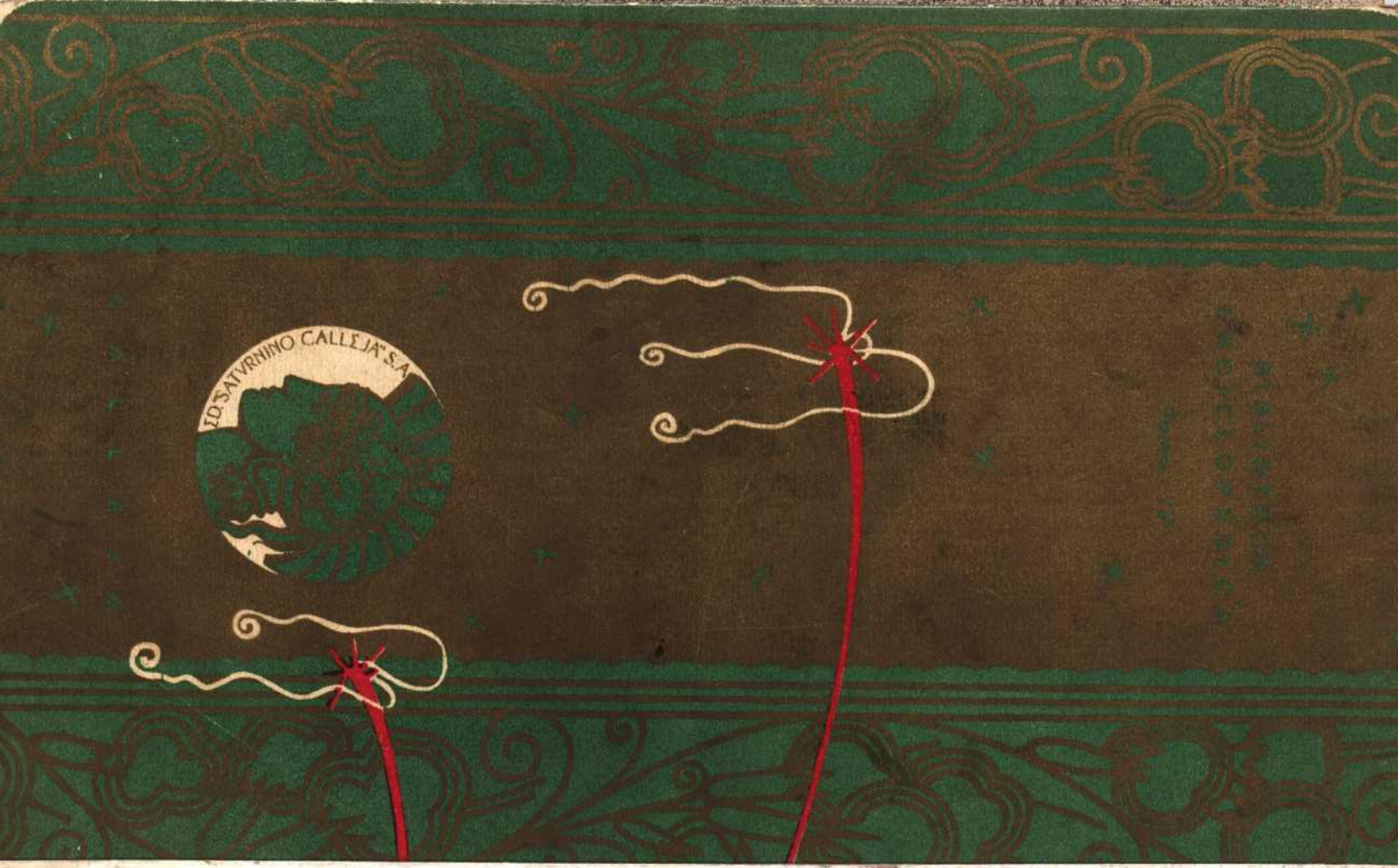
Los dos gemelos. 37

Un príncipe excepcional. 53

Aventuras del Barón de la Castaña 79

S.M. Tripón

La Bella Durmiente
Barba Azul
Caperucita Roja
El Chacal
Petusilla


ED. SATVRNINO CALLEJA S.A.